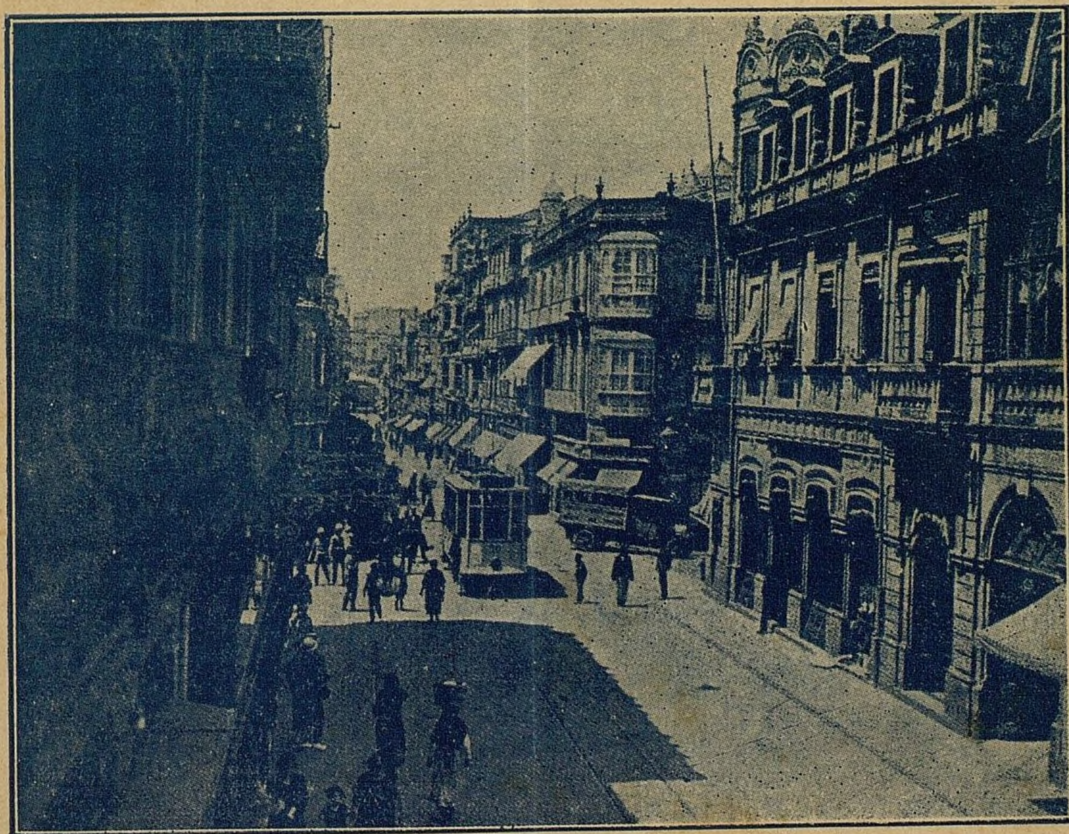




CIUDADES GALLEGAS



VIGO: — CALLE DEL PRINCIPE

Montevideo, Noviembre de 1927 *Año VII - N.o 130*

Revista del Centro Gallego

2.a Época

Publicación mensual ilustrada

Redacción y Administración, Edificio del Centro Gallego, San José 870
Teléf. La Uruguaya 1308 - Central - Se distribuye gratis a los Asociados



Alfonso R. Castelao

El gran homenaje de los gallegos emigrados

Por noticias particulares, recibidas de Galicia, nos hemos enterado del inminente peligro en que se encuentra la vista de nuestro genial escritor y humorista Alfonso R. Castelao. Tan triste noticia impresionó hondamente nuestro espíritu de gallegos, hasta el extremo de que este Centro Gallego se creyó en el deber de auspiciar y de proponer a las sociedades hermanas de Buenos Aires y de Cuba un gran homenaje colectivo, de sentido y carácter práctico, que al par que sirva para exaltar la gran personalidad artística de Castelao y hacerle patente nuestra devoción y amor por su obra, rinda los positivos y suficientes beneficios para que la ciencia agote con la vista de nuestro genial artista todas sus posibilidades y todos sus medios para salvarla.

A la gran tragedia que para Castelao y los suyos representaría la pérdida del más caro de los sentidos, debemos aunar todos, como gallegos, la enorme pérdida positiva que para nuestro arte, hoy tan pujante y renaciente, había de ocasionar tan fatal desgracia.

La iniciativa del gran homenaje, lanzada por este Centro Gallego, ha tenido la mejor acogida en Buenos Aires y esperamos, con mucho fundamento, que otro tanto sucederá en la Habana. Así, pues, la idea del gran homenaje colectivo al inmenso Castelao, está en marcha. El benemérito Centro Gallego de Buenos Aires, con sus dieciocho mil asociados y el entusiasmo de su joven Presidente, Don Laureano Alonso Pérez, garantiza que el homenaje, además de ser una realidad viva, ha de rendir los óptimos frutos esperados.

Por otra parte la incorporación de la Prensa gallega de Buenos Aires, sin distinción de matices políticos, "Correo de Galicia", "Céltiga", "El Despertar Gallego" y "Heraldo Gallego" que abre entusiasmada sus columnas a la iniciativa y la auspicia y protege, es ya de por sí harto elocuente síntoma de éxito y de realidad. Aunemos a estos optimismos las adhesiones francas y levantadas del "Centro Gallego de Avellaneda", de la "Federación de Sociedades Gallegas", del "Círculo Celta" y del "Hogar Gallego" de Buenos Aires, y se verá que el homenaje, ya puede decirse, es una realidad consumada que adquirirá proporciones de grandiosidad. Si como esperamos, la invitación que nuestro Centro Gallego hizo al poderoso y patriótico Muy Ilustre Centro Gallego de la Habana y a la Prensa gallega de aquella ciudad "Eco de Galicia", "Galicia" y "Heraldo Gallego" es aceptada y en la Habana se constituye un comité organizador, puede darse por seguro el más lisonjero de los éxitos, y la ciencia podrá agotar todas sus posibilidades para salvar la vista de Castelao.

Por nuestra parte y dentro de los modestos medios de que podemos disponer, también en Montevideo haremos lo posible para sumar el alma de gallegos y nuestro entusiasmo al homenaje a Castelao. La Junta Directiva de "Casa de Galicia" ha prometido el apoyo de aquella entusiasta Asociación, y dentro de pocos días cambiaremos impresiones con la Sociedad hermana para unificar fuerzas y aunar pareceres en beneficio de la iniciativa.

En el próximo número daremos a conocer todas las resoluciones que se hayan tomado sobre este particular. Por el momento nos limitamos a agradecer efusivamente la entusiasta y cariñosa acogida que tuvo esta iniciativa por parte de las Asociaciones hermanas de Buenos Aires y de la Prensa gallega de aquella ciudad.

Por el Homenaje a Alfonso R. Castelao



Los Presidentes del "Centro Gallego" de Buenos Aires, Don Laureano Alonso Pérez, "Centro Gallego" de Montevideo, Dr. Constantino Sánchez Mosquera, y "Casa de Galicia" de Montevideo, Don Mariano Insúa, durante la reunión celebrada en conjunto en el "Centro Gallego" de Montevideo, para tratar sobre el próximo gran homenaje que al ilustre artista gallego Don Alfonso R. Castelao ofrecerá la colectividad gallega del Río de la Plata.

De "Correo de Galicia" sobre el homenaje a Castelao

Como lo habíamos anunciado, tuvo lugar el martes pasado una reunión convocada por el presidente de nuestro Centro Gallego D. Laureano Alonso Pérez, a objeto de cambiar ideas sobre la manera en que los gallegos de América hemos de tributar un homenaje a nuestro genial artista Alfonso R. Castelao, de acuerdo con la iniciativa lanzada por el Dr. Sánchez Mosquera, presidente del Centro Gallego de Montevideo, a raíz de las tristísimas noticias que acaban de recibirse y que anuncian que los ojos de nuestro artista genial, corren el peligro de perder la luz.

Asistieron a la reunión, además de D. Laureano Alonso Pérez, el secretario del Centro señor Neira Vidal y los miembros de la directiva, señores García y Calzado, los señores José R. Lence, por "Correo de Galicia"; el señor Domingo Rial Seijo, por "Céltiga" y los señores E. Blanco Amor y Francisco Regueira y D. Benigno Rodríguez por "El Hogar Gallego".

Previas breves palabras del presidente del Centro, se cambiaron ideas sobre la forma que había de resolver el homenaje acordándose realizarlo bajo el patrocinio del "Centro Gallego" constituyéndose en comisión organizadora todas las instituciones a quienes el Centro Gallego de Montevideo cursó invitaciones al respecto. Es decir, además de las representadas en el acto, el "Centro Gallego de Avellaneda" la "Federación de Sociedades Gallegas" y el "Círculo Celta" de esta capital. De esta comisión organizadora se destacó una comisión informativa integrada por representantes del "Centro Gallego" de Buenos Aires, de "Céltiga", de "Correo de Galicia" y del "Hogar Gallego" de Buenos Aires.

El día 2 de diciembre próximo se reunirá de nuevo la comisión organizadora para perfilar el programa definitivo de los actos del homenaje, de lo que daremos cuenta en oportunidad a nuestros lectores.

Tanto la simpática iniciativa del Dr. Sánchez Mosquera, como el cariño con que fué acogida aquí por el señor Alonso Pérez, han producido la mejor impresión de nuestra colectividad, la que se dispone a sumar todos sus esfuerzos y simpatías alrededor del gran Catalao, en un homenaje imponente.

Nuestro ilustre escritor y dibujante hállase ya en París sometido a un largo y severo tratamiento, en un supremo esfuerzo para que las sombras no se interpongan definitivamente entre sus ojos y la tierra gallega.

Es necesario que cuente en la prueba dolorosa con todo nuestro apoyo cordial y material. Ni un solo gallego, ni una sola institución debe dejar de aportar su óbolo, su esfuerzo y su simpatía, a este homenaje a una de las figuras más esclarecidas de la presente generación gallega.

Una novela gallega

José Lesta Meis, el afortunado autor de "Estebo", es un periodista gallego de los que tienen nuestra devoción. Valiente y honrado, dice las cosas como y cuando tiene que decirlas, sin que para ello tenga necesidad de ausentarse de la patria para insultarla cuando las responsabilidades no puedan alcanzarle. Es un periodista austero que hace frente a las situaciones sin rehuir el peligro. Lesta Meis tiene nuestra devoción, aparte de su valor real como periodista y literato, por su entereza y su valor cívico.

José Lesta Meis había ya demostrado excelentes condiciones de novelista con una producción corta, cuyo título era el de "Manecho da Rua". Y tales condiciones ahora las refrenda ventajosamente con "Estebo". En este su nuevo libro hay un estudio de ambiente rural hecho de modo exactísimo. Lesta Meis, evocando recuerdos de la niñez, supo llevar a las cuartillas tipos absolutamente reales con verdadero acierto. Los protagonistas de la novela, lo mis-



José Lesta Meis

mo que las figuras episódicas, se desenvuelven en el medio propicio con plena naturalidad. Hasta ahora pocas novelas largas se han escrito en gallego. En el siglo pasado "A tecedeira de Bonaval" y una o dos más. En lo que va del siglo XX, "Néveda" y "Estebo" forma un volumen de cerca de trescientas páginas, que no solo se lee con agrado, sinó que aporta detalles curiosos para el estudio de la vida de nuestro rus. Se trata, pues, de una obra merecedora de elogios, que seguramente ha de tener muchos buscadores.

El léxico que emplea Lesta Meis en "Estebo" es el que está en uso en los alrededores de La Coruña. Pecará de poco depurado, pero en cambio contribuye a darle una mayor impresión de verismo a la novela. Respecto a espontaneidad y soltura, la pluma de nuestro amigo va bien. Y hasta sospechamos que entrelazados con la anécdota que sirve de eje a la novela, hay fragmentos autobiográficos del autor. Lo que contribuye a la mayor "humanización" del conjunto. Algo de aquello que hizo que los críticos de su tiempo llamasen a Balzac el "gran demógrafo", se da también en Lesta Meis. Lo que quiere decir que si el autor de "Estebo" en vez de escribir ahora como escribe, escribiera del mismo modo hace veinte años, merecería el título de gran novelista gallego. Con todo, aún hoy destáca y cosecha elogios justamente. Porque la sensibilidad literaria de las mayorías sigue el rezago de la sensibilidad de pequeños grupos de vanguardia. Lo "humano, demasiado humano" que llena la nueva obra de Lesta Meis, todavía tiene numerosos partidarios en todas las latitudes. "Estebo", pues, merece ser calificado como una buena novela, como una de las pocas buenas novelas gallegas de fondo vitalista, que hasta la fecha se escribieron en gallego.

"Estebo" ocupa uno de los lugares preferentes por su contextura literaria, por su universalidad temática, por la soltura y corrección de su estilo, limpio, sobre todo, de ciertas locuciones vulgares que muchas gentes creen permisibles al expresarse en nuestra lengua, como si la depuración y el buen gusto pudieran ser proscriptos del pensamiento o del arte y lo contrario tuviera en algún instrumento de cultura cohonestación o vía franca.

Ahora confirma Lesta Meis estas dotes de manera sobresaliente, ofreciendo al público una novela bien hecha, con sabor gallego y amplia visión humana, con interés y amenidad, contribuyendo así a enaltecer nuestra bibliografía.

UNA OBRA DE ROSALIA DE CASTRO CASI INEDITA

La casa editorial Rodríguez Moret terminó la impresión de la novela "Ruinas", de Rosalía de Castro, obra exhumada y prologada por el vicerrector de la Universidad de Santiago de Compostela y académico, don Armando Cotarelo Valledor.

"Ruinas" es la única obra de Rosalía de Castro que no se conocía, pues sólo se publicó en folletín por la revista madrileña "Museo Universal" y no figura tampoco entre las obras completas de la insigne poetisa. Su publicación tiene, por lo tanto, alcance de acontecimiento en la literatura gallega ya que las actuales generaciones no sabían siquiera que existía esa novela, que Cotarelo califica como una de las mejores de su autora.

En los círculos intelectuales gallegos se lamenta que se haga una sola edición de 2.000 ejemplares de "Ruinas". Se cree que sería un éxito de venta.

Por los cielos de Galicia

El balneario de Cabreiroá está a fines de temporada. Un caballero portugués, un sacerdote, un bobo de alguna edad y su madre, son los únicos "agüistas" que lo benefician. Un balneario es siempre algo triste, como los números de circo a base de animales. Se cree que al menor desfallecimiento de cualquiera todo el espectáculo se derrumbará. Su "confort", su pergeño, parece contaminado de los males que sus aguas alivian. Aquí, en Cabreiroá, se domestican los riñones y los hígados más recalcitrantes. Un agua de color de "consommé" es la panacea. Una linfa cuyas propiedades milagrosas residen en su pésimo sabor. Y bastaría a la hora de comer con que el "agüista" idiota pronunciara a gritos en el comedor lo que a mí me dijo sigilosamente en un pasillo:

Todo acababa. El balneario es una paradoja y una sugestión. El cuadro clínico de cualquiera de estos agüistas lo demostraría. Sus maletas etiquetadas en La Toja, en Mondariz, en Cestona, lo afirman... Las aguas medicinales es el vicio más exquisito de la clase media. Se persigue un centro de placer bajo el antifaz hipócrita de un agua taumatúrgica. A lo sumo, el milagro de la curación, si surge, es por la tenacidad que se pone en conseguirlo y por el emplazamiento del balneario. El valle de Verín es un pliegue maravilloso de ese peplo con que se viste Galicia para enamorar al Atlántico. Cabreiroá, un remanso de arboledas circuído de maíces y viñas entre pueblecillos neblinosos infantiles, melancólicamente acogedores...

Ahora, el otoño y el llanto de las nubes, enrojecen los verdes más húmedos, y entre los troncos casi en esqueleto susurrea un viento frío y tristón donde vibra toda el alma del paisaje...

¿Quién cometió el desatino? ¿Y por qué? Sus schotis desconchados, sus pasodobles con ritmos de vals, sus tangos milongueros, se quejan muy de tarde en tarde. El organillo sólo gime cuando un agüista bebe del agua-prodigio; junto al manantial, bajo su cúpula de pagoda, permanece como un mantón de chinos apolillado. Lejos de Madrid, donde sus notas vibran con ese acentón juguetón de palillos de cristal; lejos de su ambiente, donde las palabras se buscan con agilidad de avispas; lejos del calor enervante de las verbenas, de la aventura chulona, del reservado entre la modistilla sentimental y el estudiante calavera, la música del organillo se esfuerza por buscar un aire de gaita, y se queda transido, aún en sus piezas más jocundas, en un soniquete sin trabazón hecho de crueles renunciamientos. El organillo de Cabreiroá suena a caja vacía. ¿Quién lo trajo aquí? Debió ser la pérfida venganza de alguna pianola.

El dinero del aviador

Nada hay tan aleatorio como esto. Los famosos del sacristán no tienen por dónde compararseles. El dinero del aviador es una semilla sembrada a voleo; lograrlo es difícil. Se da cuando menos se espera; se va cuando estaba más seguro. Bien que el hombre del aire no es un ser lógico. De vez en cuando la velocidad le hace una pifia y se queda en seco en un hotel. Los aires amigos se olvidan de su juguete; el aviador, desde luego, no se resigna al desdén: todos los días va a invocarlos junto a su aparato. Cada vez que sale paga su cuenta y se lleva el equipaje; el primer día produce expectación; el segundo, interés; el tercero, curiosidad; el cuarto, indiferencia, y el quinto, si pide aspirina, un camarero irónico le pregunta, imperturbable: "¿Es para usted o para su maleta?"

A la postre se va siempre, porque hay un límite infranqueable donde se aunan a los ocho días de estancia la aviación y los bazares de ropas hechas....

Reflexión de un pasajero

Ignoro por qué los niños de las aldeas no conocen más nociones geográficas que los límites de su término municipal, cuando las vacas con su piel—puzzle en ocre, en blanco o en negro—es el mejor mapa-mundi que he conocido.

"Nosa terriña"

Galicia está hecha para el amor; para darse y para tomarla. Un amor peligroso, donde juguetea el corazón a flor de piel. Todo se une con felices diminutivos, todo es cadencia, todo es captación. No hay forma de resistirse, porque las más nimias palabras de este suave dialecto son expertas en el camino del alma. Le ayuda al externo semblante una memoria siempre viva en estas gentes, aún por los menores detalles; una familiaridad que surge irresistible y la pone justa, concisa, en el deliquio sentimental.

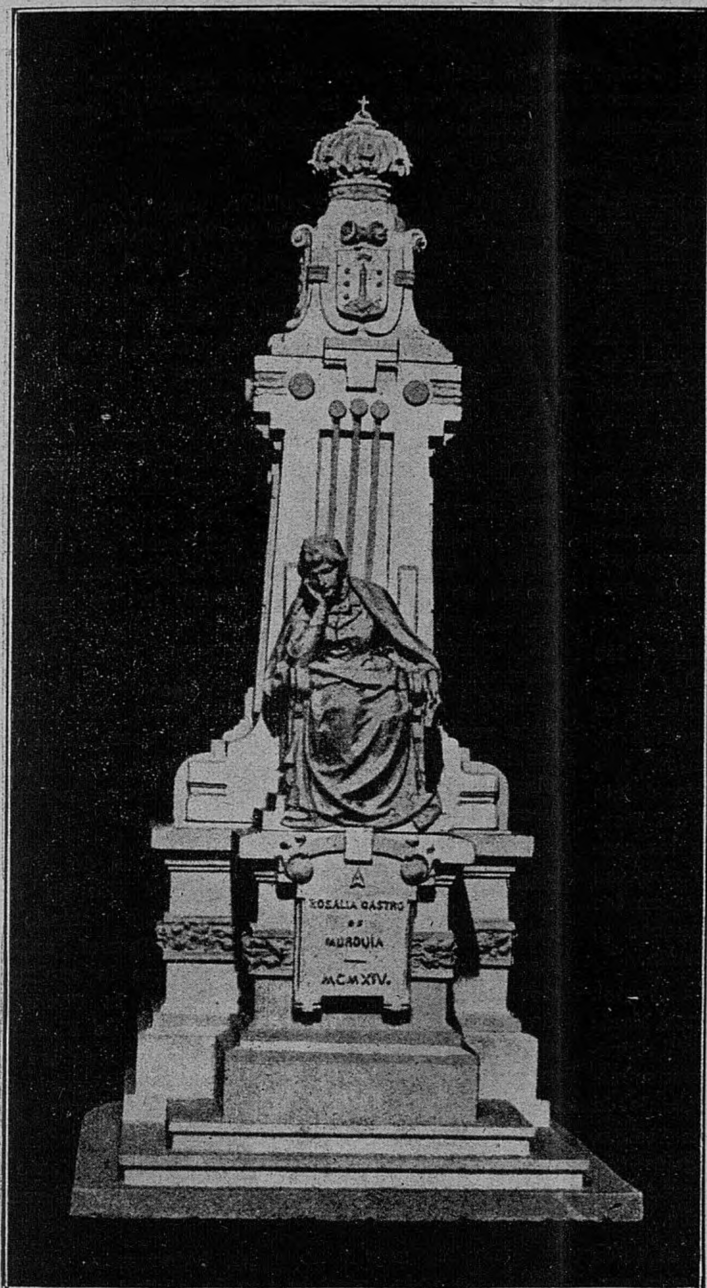
Si Galicia sufriera la hostilidad ajena, sola, por sí misma, sin mediaciones, con ofrecerse, cual se da en la aldea y en la urbe, vencería. Las alas del "Sevilla" son el álbum madrileño en que Galicia, la del campo y la ciudad, expresa ocultamente su sentimiento. Cada aterrizaje es una página. Y poco a poco se cubren de letreros en lápiz: "Acordaos de Verín", "¡Viva Madrid y nosa terriña!", "Venís de donde murió Loriga; no lo olvidéis...", "Paujon os quiere ya..."

Marineros, aldeanos, pescadores, dejaron esos retratos grafológicos del alma celta. Galicia sabe querer con ese cariño hondo que pone culto en las cosas más livianas. El altar mayor de esos fervores lo abre mágicamente el nombre de uno de los pilotos más gloriosos de la aviación española: Joaquín Loriga.

Basta pronunciarlo para emocionarse ante tan grande amor.

Francisco Lucientes

Monumento a Rosalía de Castro en Santiago de Compostela



Versos de Rosalía de Castro

Campanas de Bastabales,
Cuando vos oyo tocar,
Mórrome de soidades.

Cando vos oyo tocar,
Campaniñas, campaniñas,
Sin querer torno a chorar.

Cando de lonxe vos oyo,
Penso que por min chamades,
E das entrañas me doyo.

Dóyome de dor ferida,
Qu' antes tiña vida enteira
Y oxe teño media vida.
Sólo media me deixaron
Os que d' aló me trouxeron,
Os que d' aló me roubaron.

Non me roubaron, traidores,
¡Ay!, uns amores toliños,
¡Ay!, uns toliños amores.

Qu' os amores xa fuxieron,
As soidades viñeron...
De pena me consumiron.

Aló pó-la mañanciña
Subo enriva dos outeiros
Lixeriña, lixeriña.

Com' unha craba lixeira,
Para oír das campaniñas
A batalada pirmeira.

A pirmeira d' alborada
Que me traen os airiños,
Por me ver máis consolada.

Por me ver menos chorosa,
Nas sus alas m' a traen
Rebuldeira e queixumbrosa.

Queixumbrosa e retembrando
Por antr' a verd, espesura,
Por entr' o verde arborado.

E pó-la verde pradeira,
Por riba da veiga llana,
Rebuldeira e rebuldeira.

Cada estrela, o seu diamante;
Cada nube, branca pruma,
Trist' a lua marcha diante.

Diante marcha crarexando
Veigas, prados, montes, ríos,
Dond' o día vay faltando.

Falt' o día, e noit' escura
Vaixa, vaixa pouc' a pouco,
Por montañas de verdura.

De verdur' e de follaxe,
Salpicada de fontiñas
Vaixo a sombra do romanxe.

Do romanxe, donde cantan
Paxariños piadores,
Que c' aurora se levantan.

Que c' a noite s' adormecen
Para que canten os grilos
Que c' as sombras aparecen.

Corre o vento, o río pasa,
Corren nubes, nubes corren
Camiño da miña casa.

Miña casa, meu abrigo:
Vanse todos, eu me quedo
Sin compaña nin amigo.

Eu me quedo contemprando
As laradas d' as casiñas
Por quen vivo sospirando.

.. ..

Ven a noite..., morre o día,
As campanas tocan lonxe
O tocar d' **Ave María.**

Elas tocan pra que rece,
Eu non rezo, qu' os saloucos
Afogándome parece
Que por min tén que rezar;

Campanas de Bastabales,
Cando vos oyo tocar,
Mórrome de soidades.

Santiago de Compostela

Sobre Santiago de Compostela, la ciudad pétrea que vió desfilar por sus rúas urbanas las largas procesiones de los peregrinos de la fé, escribe bellas cosas en el siguiente artículo, el periodista y literato chileno Augusto D'Halmar.

Las altas parameras castellanas, los páramos de esto que lo mismo se llama Castilla la Vieja que Castilla la Grande, se extienden hasta el firmamento bajo la plena luna. Es como un piélago de glebas, sin más olas que las que levantaron los surcos de los arados, dormido en ese verdadero letargo en que la noche sume los campos. Desde la ventanilla del tren en marcha vuelve a ser impresionante para el viajero americano, tierra santa de su raza, la visión del paisaje que fué cuna de un mundo. Y siguiendo a la claridad lunar el rastro de los senderos, que todavía se internan aún más "tierras-adentro", amedrenta la idea de que de semejante meseta, la más mediterránea de cuantas sean, hayan podido salir navegantes para todos los mares y conquistadores bajo todos los cielos.

Hemos entrevisto como faros en la penumbra las torres del Monasterio del Escorial y de las catedrales de Valladolid, León y Palencia, y ahora es hacia la metropolitana del cristianismo medioeval, hacia la Roma oriental de los peregrinajes, que viene a ser Santiago de Compostela, hacia donde nos lleva en tortuoso arrastre la caravana del tren. Extraños romeros éstos que vamos a todos los santuarios inmemoriales siguiendo las sendas abiertas por el progreso en los talados bosques y entre los montes desbravados, sin bordón y sin conchas y, ¡ay!, me temo que sin el guión de la estrella.

No es seguramente la ruta trazada por los devotos y que en cada ciudad de Francia, lo mismo París que Tours, la perforaba con un "faubourg" Saint-Jacques. En la ruta estelar, las constelaciones señalan también, con la polvareda luminosa de la vía láctea, ese camino de Santiago, Campus Stellae, campo de la estrella, Compostela, y el grito tradicional de ¡Santiago y cierra España! parece encabritar el alado bridón blanco de una nube.

Junto con el amanecer se ha levantado el telón del día sobre campos de Galicia. Y es la riente suavidad del país celta con sus anfiteatros de collados y su cielo en atenuadas gradaciones. Dulce "terriña", como la llamamos infantilmente sus hijos por la sangre y sus hijos por el amor. Melgameiga, como podría decirse combinando el chilenismo para las tierras de labor, con la voz gallega para las criaturas de hechicería.

Y ahora la gran emoción de ver despuntar y pespuntar en el horizonte las agujas de Compostela aquella llamada "de los farrapos" donde ondeaban los de los peregrinos, como banderines de cruzados, y el tratar de rehacerse el alma con que las divisarían al acercárseles. El Apóstol, cid campeador de nuestra fe, vela a caballo, armado de todas armas, en la cripta de esta basílica católica, y como surgirá revestido y con la Custodia el diácono emparedado en Santa Sofía de Bizancio, el toque de botasilla haría arremeter a Santiago de Clavijo, sobre su clavileño, contra los enemigos de la religión o de la raza, de zafrarancho y calacuerda sería su grito de ¡despierta, ferro!

La urbe universitaria, recorrida como Bolonia por calles de soportales, sostiene la cúpula esmerilada de su cielo, donde perla el agua con ese fino rezumar del "chove miudiño". Esa pluviosidad es la que presta a las cosas y los seres su envoltura tenue y vaporosa, la que diluye al esfuminar los contornos de los edificios de piedra, la que convierte en sombra las siluetas y las palabras en vaho. La repercusión como embotada de la ciudad santiaguesa es única, y quien haya recibido desde la torre del Reloj las campanadas de la media noche, doce veces se habrá sobresaltado, como si al caer los sonidos en el estanque de niebla que finge la plaza Mayor, sordamente se ensancharan en hondas hasta lo infinito.

Esta plaza Mayor, o del Hospital, o de Alfonso XII, encuadrada por la Catedral, el Hospital Real u Hospicio de los Reyes, el palacio llamado del Consistorio y el de la Escuela Normal, antiguo Convento de San Jerónimo, es como la explanada de Westminster, de Londres; como la Concordia, de París, o la plaza de la Signorina, de Florencia, una de las perspectivas mundiales, uno de los más puros muestrarios de arquitectura occidental. Presentes los siglos desde el XVI hasta el XVIII, cada cual de los tres se exhibe en su más inspirada síntesis, y para quien estudiara en forma viviente los estilos es la más varia lección que pudiera recibir en la más reducida aula.

Y no hay más y no puede haber más, y eso es todo. Un todo formado por la ciudad entera inalterable, por aquellas plazoletas clásicas que se llaman de la Azabachería o esta otra de los Literarios.

Tan santa como la Ciudad Eterna, por eso llamada Segunda Roma, y puesta como término de dificultades cuando se trata de vencerlas: "Revolver Roma con Santiago"; de la misma suerte que ir de la Ceca a la Mea es ir desde Córdoba hacia la cuna del islamismo y la tumba del Profeta, puesto que España auna su alta estirpe cristiana a su abolengo musulmán.

Augusto D'Halmar.

Eugenio Carré Aldao

Don Eugenio Carré Aldao, que honra hoy las páginas de nuestra Revista, es bien conocido en el medio intelectual gallego, en el que por sus obras múltiples y variadas, ocupa un puesto de primera fila. Prosista y poeta de fina sensibilidad, el parnaso gallego se enriquece con sus producciones, y la historia patria y la linguística gallega cuentan, en sus libros de prosa, con buenos aportes, eruditos y concienzudos.



Diógenes, chamado o "Cínico", estaba afeito a sudare na forza do día polas rúas de Atenas, levando na sua mán unha linterna acesa, para esculcar se co a sua luz podía atopar un home.

Un día que querendo vere se era afortunado camiñaba ao hachou, tivo de pasar por diante do tempro da Caridade, onde veu as portas um dos cregos. Púxose cabo d'el e díxole:

—¡Ou, Siñor! Tede piedade de min e dádeme algunha esmola para que poida se soster este pobre e mirrado vello que non terma do sen corpo co a fame.

Ollouno o sacerdote e botandolle a benzón respondeu ao prego de Diógenes:

—Co esto xa tes abondo,—e colouse dentro da eirexa o desleiyado crego.

Sigún algo enpurrunado sua camiñata noso filósofo e en de chegando diante d'unha fermosa tenda onde garrida rapaza empregaba os seus cartos mercando alxónxeres e alfiuretes:

—¡Ou, miña dona!—díxole—xa que gastades para os vosos praceres ¿non teredes algún agarimo para este vello cheo de necesidade?

—¡Certo! —lle repricou a xentil e linda dona— sempre teño lástima dos desditados, ten e merca unha bica — e deulle un diñeiro; despois a rapaza pagou mui leda ao tendeiro unha dúcia de pezas de prata por un collariño para a sua cadela.

Foise o Cínico, cada vez mais encabuxado rascando na orella, ao ver cómo os ricos deixaban adoecer co a fame aos desherdados da fertuna, cando tropezou c'o príncipe de Salamina que pasaba n-un soberbo carro. Correu Diógenes a se por a carou da dourada portela e tendendolle a mán ao poderoso, faloulle así:

—Parade, fillo dos Deuses e escoitademe...

—Fuxe anxiña, rústico—berroulle o príncipe— ou farei que o meu carro che esmague e poña fin as tuas demandas importunas.

Un escravo que os ollaba, arredrou o vello e ao mesmo tempo que lle salvaba a vida, pois o de Salamina iba a botar a seu carro riba de Diógenes, tiroulle dous diñeiros dentro do pucho, e foise sen atendere as gracias.

— ¡Ou, deuses! — cramou d'aquela o sabio — Atopei ao fin o home; ¡mais este home e un escravo!

E Diógenes matou a luz.

Uxio Carré.

Dr. Felipe G. Ontiveros



Desde Asunción, capital de las tierras hermanas del Paraguay, nos llegan, de vez en vez, buenas nuevas del **Dr. Felipe G. Ontiveros**, Encargado de Negocios de España en aquella República, y exquisito poeta, que tanto labora allí por el buen nombre de la madre patria. Nosotros, que recordamos aún su brillante actuación diplomática en nuestro medio, cuando desempeñó aquí idénticas labores que ahora desempeña en el Paraguay, felicitamos efusivamente al exquisito poeta y diplomático por sus aciertos, y le enviamos nuestras voces de aliento cordial.

NOTICIAS DE GALICIA



DON ALFREDO TELLA

El periodismo gallego está de luto. Acaba de fallecer en Madrid, el conocido periodista coruñés Don Alfredo Tella. Era de los más veteranos en la profesión, de los mejor calificados, de los más preparados por su amplia cultura general para ejercitar este oficio en que cada día se requieren fundamentos más sólidos y aptitudes más adiestradas. Siempre afectuoso y sincero, supo conquistarse ampliamente las simpatías de todos los coruñeses que leían su sección con singular deleite. Periodista moderno, dominó la crítica literaria y de música de la que hizo un verdadero culto.

Desde su juventud fué periodista. Formaba parte de aquel grupo que en torno al inolvidable coruñés, Don José Lombardero, hizo de "El Noroeste" de la Coruña un periódico interesante y ameno, popular y leído con avidez por el público. Supo destacarse con relieves propios dentro de aquellas juventudes agrupadas al rededor de Lombardero y de la que formaban parte periodistas y literatos tan destacados como Wenceslao Fernández Florez, Julio Camba, Luis Antón del Olmet, Puga (Picadillo) etc.

Al ser traspasada la propiedad de aquel diario, hace años, pasó con la mayoría de sus colegas a fundar "El Orzan", del que era redactor - jefe y en el que siguió haciendo intensa labor hasta estos últimos meses.

Descanse en paz el querido amigo, y lleguen hasta su hermana, la ilustre Directora de la Escuela Normal de Maestras de la Coruña, Doña Mercedes Tella de Sánchez Belorado y demás deudos, las notas de nuestra condolencia.

GALICIA EN LA EXPOSICION DE SEVILLA

Vigo. — En Lugo se reunieron los alcaldes de La Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra y los presidentes y representantes de las cuatro Diputaciones provinciales gallegas, para tratar de la concurrencia de Galicia a la Exposición Ibero-Americana de Sevilla.

Se acordó que las Diputaciones provinciales y Ayuntamientos construyan un pabellón para exponer obras de arte y productos de las industrias, agricultura, comercio y ganadería de Galicia. El acuerdo será sometido a la aprobación de las citadas corporaciones en sus primeras reuniones plenarias.

EL PUERTO DE LA CORUÑA

Madrid. — La "Gaceta" publica la siguiente disposición:

"Por la Aduana de La Coruña y por un plazo de 30 meses, se autorizará la importación de un tren de dragado procedente de Holanda, destinado a las obras del puerto que en aquella capital se realicen durante ese tiempo".

ALEJANDRO PEREZ LUGIN

Don Alejandro Pérez Lugin que acaba de ser objeto de un homenaje póstumo en La Coruña, en cuyo cementerio se descubrió un monumento, obra del gran escultor Santiago Bonome, que perpetuará la memoria del ilustre autor de "La Casa de la Troya".



LA BIBLIOTECA MUNICIPAL POPULAR

En el segundo piso del Palacio Municipal, se inauguró ante una numerosa y selecta concurrencia la Biblioteca Municipal Popular, constituyendo la inauguración un éxito para el Ayuntamiento y muy especialmente para su iniciador, el alcalde señor Casás.

Poco después de las seis comenzaron a llegar las personas invitadas al acto entre las cuales se hallaban representaciones del Instituto, Escuela de Comercio, Normal de Maestras, Escuela de Artes y Oficios, profesorado de las Escuelas nacionales, Artes e Industrias, Universidad Popular, Mutua Mercantil Coruñesa y Prensa local.

Ocupó la presidencia el Sr. Casás, y con él la directora de la Normal, doña Mercedes Tella; la directora de las Escuelas graduadas del Instituto Da Guarda, doña María Barbeito; el director del Instituto, Sr. Pérez Barreiro, y el bibliotecario de la nueva Biblioteca y culto escritor Sr. Carré Aldao.

Hizo uso de la palabra este señor y con gran sencillez hizo historia de la creación de la Biblioteca Municipal Popular, debida a la iniciativa del Sr. Casás, manifestando que dicha biblioteca constaba de 5.000 volúmenes, entre los cuales figuraban excelentes obras de ciencias, letras, sociología, etc.

El Sr. Carré Aldao fué muy aplaudido, significando ello la satisfacción de cuantos allí se encontraban al saber que persona tan docta había de estar al cuidado de la Biblioteca, suponiendo esto una garantía acerca de la selección de las obras que en su día habrán de aumentar las que allí existen.

Después pronunció un pequeño discurso el Sr. Casás, agradeciendo la asistencia al acto por los allí presentes y muy especialmente a las damas. Hizo patente la necesidad de una biblioteca asequiable a todas las clases sociales y muy especialmente a la obrera y por ese motivo se complace en ver llegar a la realidad una iniciativa suya de hace algún tiempo.

El Sr. Casás fué felicitadísimo por todos los asistentes al acto.

La Biblioteca estará abierta todos los días laborables, de siete a diez de la noche y los domingos de diez de la mañana, a una de la tarde.

La inauguración de esta Biblioteca es un nuevo acierto del Sr. Casás.

CONSTRUCCION DE ESCUELAS

Vigo. — Informan de Santiago de Compostela que en la parroquia de Castrofeito se realizó la ceremonia de colocar la primera piedra del grupo escolar que regalan los hermanos José y Ramón Beis Sada, residentes en la Argentina.

Al acto concurrieron las autoridades y se pronunciaron varios discursos, elogiándose el desprendimiento y patriotismo de los gallegos emigrados en América.

La obra será una de las mejores de la Provincia de La Coruña.

REPOBLACION FORESTAL EN ORENSE

Orense. — El Ayuntamiento de esta ciudad aprobó el presupuesto de gastos, que asciende a 1.105.332 pesetas.

Mañana será remitido a Madrid el proyecto para la repoblación forestal de la primera zona de la provincia de Orense, que comprende los ayuntamientos de Junquera, Maceda, Baños de Milcas y Villar de Barro.

ARTISTAS GALLEGOS PENSIONADOS

La Diputación provincial de Pontevedra acordó pensionar, para que efectúen estudios en la Escuela de Bellas Artes de Madrid a los siguientes artistas: de pintura, Carlos Maside García, Manuel Torres Martínez, Luis Pintos Fonseca y Martín Echegaray García; de escultura, Eugenio Souto Campos, Narciso Pérez Rey y José María Acuña López, y de talla, Manuel Longa Campos.

El pintor Martín Echegaray es argentino.

THE WEST GALICIA RAILWAY

En Santiago de Compostela se anuncia que un consorcio de banqueros gallegos y catalanes ha adquirido la línea ferroviaria de Santiago a Pontevedra, de propiedad de The West Galicia Railway Company, empresa británica que venía explotándola desde hace 55 años. Dicha línea férrea era una de las peores de toda España.

En el consorcio de banqueros que efectuó la compra entra la Compañía del Ferrocarril de Medina del Campo a Zamora, Orense y Vigo, concesionaria de la construcción de la línea de Zamora a Orense. En esta forma, puede considerarse ahora que existe una comunicación directa entre Medina del Campo y Santiago de Compostela y que más tarde existirá también con La Coruña. Así se efectuará una disminución de siete horas en la duración del viaje desde la capital de Galicia a Madrid.

La nueva empresa efectuará varias reformas en el material y la línea.

La noticia ha causado júbilo en toda la región gallega.

MATADEROS COOPERATIVOS EN GALICIA

Madrid. — Por el servicio nacional del Crédito Agrícola se ha despachado un libramiento de 100.000 pesetas para la sucursal del Banco de España en Vigo, destinadas a la entidad Mataderos Cooperativos de Galicia.

La petición llegó ayer, siendo despachada en el acto por el Ministerio de Fomento.

Dr. Luis Méndez Calzada



La numerosa y rica colectividad española de Buenos Aires, por medio de sus instituciones representativas, acaba de rendir un grandioso y merecido homenaje público al Dr. Luis Mendez Calzada, por su brillante y destacada actuación en la Presidencia de la Asociación Patriótica Española de aquella capital. El Centro Gallego de Montevideo que reconoce las grandes cualidades de talento y actividad que adornan al Dr. Luis Mendez Calzada, y que sabe cuanto sacrificio cuesta hacer que una entidad adquiera preponderancia y contornos propios destacados, se adhiere cordial y efusivamente al homenaje que le fué tributado en la vecina orilla, y hace fervientes votos por la prosperidad de la Asociación Patriótica Española que tan enorme vacío llena entre el elemento español de Buenos Aires.

NOTICIAS SOCIALES

ENLACE PAZOS-BOUZOUT —

Promete asumir todos los contornos de un brillante acontecimiento social, el enlace de la señorita Isabel Pazos Sanguiado con el señor Francisco Bouzout, que se efectuará el día 3 de Diciembre próximo.

Por tratarse de elementos destacados de nuestra colectividad, puede asegurarse una brillante ceremonia en la que se pondrá de manifiesto, una vez más, la alta estimación y aprecio que goza entre nosotros la simpática pareja, cuya unión, en el concepto unánime, significa un justo premio a las virtudes de ambos contrayentes.



Sta. Isabel Pazos Sanguiado

Tanto la ceremonia civil, como la consagración religiosa, se llevarán a efecto en la residencia de los padres de la novia, en la calle Martín García, lo que dará motivo a una hermosa reunión que congregará a lo más representativo de las innumerables relaciones de que merecidamente disfrutan los futuros contrayentes.

La Revista del CENTRO GALLEGO, intérprete de la voz de los asociados, hace fervientes votos por la ventura de la feliz pareja a la que desea una eterna luna de miel.

DON JESUS DOEYO —

Residió breves días entre nosotros nuestro querido consocio Don Jesús Doeyo, de Zapicán, que ha traído un hijo para ser sometido a una operación quirúrgica en el Hospital Sanatorio Español.

Afortunadamente, la operación resultó felicísima y el paciente se encuentra ya en un franco período de mejoría. Al felicitar a nuestro consocio le hacemos patente, una vez más, nuestros augurios y nuestro saludo de bienvenida.

DON JOSE MARIA CERDEIRAS —

Hace días se embarcó para la patria nuestro querido consocio Don José María Cerdeiras. Por noticias recibidas sabemos que ha llegado felizmente y que se dispone a pasar una breve temporada al lado de sus familiares. Hacemos votos porque su estancia allá sea venturosa y le colme de satisfacciones.

DON MANUEL DE LA FUENTE —

Desde hace días se encuentra enfermo de algún cuidado nuestro querido amigo y consocio Don Manuel de la Fuente. En el Centro Gallego, donde tanto se le quiere y estima, hacemos votos por su pronto y total restablecimiento.

DON LEONCIO GANDOS —

Nuestro querido consocio Don Leoncio Gandós, tan querido en nuestra institución, se encuentra muy restablecido de la dolencia que le ha tenido encamado durante varios días. Al dar a nuestros lectores tan grata noticia, enviamos a Don Leoncio nuestros votos efusivos y cordiales por su total y rápido restablecimiento.

PROXIMAS FIESTAS —

Para el día 24 de Diciembre se ha acordado la celebración de un gran baile social. El día 25, día de navidad, se efectuará el acostumbrado reparto de juguetes a los niños, terminando la fiesta con un gran baile. Y el día 31 del mismo mes, se celebrará en nuestros salones la clásica Bervena española en la que se repartirán las doce uvas que han de tomarse al caer las doce.

Para todas estas fiestas reina un gran entusiasmo entre la juventud.

TE DANZANTE —

Organizado por la Comisión de Damas se efectuó el te danzante de clausura que resultó lucidísimo y fué un completo éxito. La numerosa y selecta concurrencia que llenó aquella tarde nuestros salones, tuvo francos aplausos para la Comisión Científica española que visitó nuestra casa durante la fiesta.

Nuestra felicitación efusiva al Comité de Damas por el éxito obtenido, y por la brillante organización del acto.

españolas, dejando en todas ellas buen recuerdo de su dedicación y celo.

Desaparece, pues, con don Braulio Tanco otro buen español; otra de las figuras más caracterizadas de nuestra colectividad, por su prestigio y sus muchos méritos. Lo que quiere decir que su desaparición entraña una sensible pérdida para la colonia.

El Centro Gallego que contaba entre sus asociados a Don Braulio Tanco, envía a su distinguida familia su más sentido pésame.

NECROLOGICAS

DON MANUEL LAGO CANTO —

Después de una larga enfermedad bajó a la tumba otro buen amigo y asociado nuestro: Don Manuel Lago Canto, a quien tanto se quería entre nosotros. Al enviar a sus distinguidos familiares nuestra sentida nota de condolencia, hacemos votos porque tengan la resignación suficiente para sobrellevar tan sensible pérdida.

DON ANTONIO BARREIRA PEREZ —

Penosa impresión causó en el seno de la colonia española el fallecimiento de este distinguido compatriota, cuya desaparición representa otra baja importante dentro de nuestra colectividad.

Dentro de la colonia española, Don Antonio Barreira disfrutaba de general estimación por sus dotes caballerescas, largamente acreditadas en el curso de su actuación al frente de algunas instituciones. Formó parte de las juntas directivas de la Cámara Española de Comercio, Club Español, Hospital Sanatorio Español y Cultural Española, cuya Vicepresidencia desempeñaba en la actualidad, habiéndose significado en esta meritísima asociación como uno de sus más entusiastas sostenedores.

Hombre bondadoso y de nobles sentimientos, entre los que descollaba acaso el del altruismo, su nombre figuraba siempre en las obras benéficas, y era uno de los primeros en adherirse a cuanta suscripción con fines patrióticos se iniciaba a diario.

El Centro Gallego envía a los familiares de Don Antonio Barreira Pérez, su más sentida nota de condolencia.

VELADA NECROLOGICA EN HONOR Y RECUERDO DEL Dr. JUSTINO JIMENEZ DE ARECHAGA —

Organizada por las Asociaciones Españolas de Montevideo, se celebró el día 26, en nuestros salones, una solemne velada necrológica dedicada a honrar la memoria del gran hispanista Dr. Justino Jiménez de Aréchaga.

Ocuparon el estrado gran número de personalidades, y todos los presidentes y secretarios de las instituciones españolas.

Inició el acto nuestro presidente, el Dr. Sánchez Mosquera, siguiendo en el uso de la palabra el Dr. José Espalter, finalizando la velada con unas breves palabras del Sr. Cónsul General de España Dr. Antonio Sagué.

En el número especial que de nuestra revista se prepara en honor y recuerdo del Dr. Justino Jiménez de Aréchaga, se publicarán los discursos pronunciados en este acto.

DON BRAULIO TANCO —

Otro buen español acaba de pagar su tributo a la muerte. Don Braulio Tanco, persona conocidísima y justamente estimada en el seno de nuestra colonia, falleció tras larga enfermedad en el curso de la cual produjéronse diversas alternativas.

Muchos años de residencia llevaba en el país el señor Tanco, quien desde su juventud se dedicó al comercio en el interior de la República, alcanzando con su trabajo honrado y perseverante una desahogada posición económica y un prestigio sólido en la vida comercial. En el departamento de Treinta y Tres, donde poseía actualmente cuantiosos intereses, el nombre del señor Tanco era popularísimo y respetado.

De carácter sencillo y afable, conquistábase prontamente a cuantos lo trataban que quedaban así convertidos en leales amigos de este hombre lleno de virtudes.

Formó parte de la Junta Directiva de la Cultural Española, Club Español, Cámara de Comercio, Hospital S. Español, Euskal Erría y otras sociedades

PAGINA FEMENINA

DIRIGIDA POR LA SEÑORA ELISA SANTIAGO de MARTINEZ (Elsa)

ARCA CERRADA

En procura de una chuchería que quería regalar, caminaba yo un día mirando los escaparates de los comercios, cuando el muestrario de un bazar asiático fué el que logró hipmotizarme con los hermosos artículos que allí exponía.

Entré en la oscura tiendecilla colmada de raros objetos traídos del remoto Oriente, y era tal el silencio que reinaba en aquel interior y tan extraordinaria la riqueza y la hermosura de lo que allí se acumulaba que, como un relámpago, pasó por mi imaginación la loca idea de haber posado mis plantas en el país de la Quimera.

Un aroma especial emanaba de las maderas ricas; los crisantemos que recamaban los magníficos kimonos eran de un vivísimo colorido y de un tamaño monstruoso; la manera cómo estaban decorados los panzudos tibores era, a un tiempo, extravagante y armónica. Sólo el arte japonés, tan único, podía lograr ese sorprendente efecto reuniendo una flora fantástica con una fauna no menos extraña e irreal. De aquel abigarrado conjunto de nenúfares, ibis, mariposas y pájaros multicolores, irrumpían como espectros de pesadilla en medio de un dulce sueño las caras lívidas de los ídolos enmarcados por cabelleras lacias y negrísimas. Pero el mejor exponente del arte espléndido del país de Zipango era un soberbio biombo colocado en un ángulo de la tienda.

Valiéndose de materiales preciosos — el marfil, el oro, el nácar irisado y las lacas más peregrinas — y con un absoluto dominio técnico del arte, incrustando en la madera inerte los valiosos materiales, un paciente y primoroso artista había dado vida en las pulidas planicies del biombo a un paisaje de ensueño. Un río cuyas líneas finísimas eran cortadas por un enjambre de pececillos de plata y coral. En las riberas se mantenían estáticos esbeltos ibis de marfil, y en un recodo del río y a la sombra de un árbol de torturado tronco y compacto ramaje, una graciosa y frágil "musmé" envuelta en el suntuoso traje nacional, acariciaba con su manita de muñeca la cabeza de un fabuloso dragón de terribles fauces y cola de oro. Unos signos que debían ser una inscripción desentrañarían el sentido del cuadro, que yo supuse sería el mito de "La Bella y la Fiera".

Se plegó una de las hojas del estupendo biombo y dió paso al mercader que, por la pureza de su tipo merecía ir vestido con alguno de los espléndidos kimonos que tenía en venta. No gastó palabras encareciendo los objetos que me iba enseñando ni en sus ojillos, negros y largos, había la menor expresión. Así llegamos hasta una vitrina colmada de preciosidades y entre éstas ví una arquita que de inmediato sojuzgó mi admiración y ya no pude dejar de mirarla.

El mercader, notando mi interés sacó de la vitrina aquella pequeña maravilla, y después de hacer valer los primores del taraceado me invitó para que buscara el cierre secreto de la arquita.

Volvíla en todos sentidos, pero no encontré cerradura visible ni conseguí que ninguna de las tablillas se moviera de su ensambladura. Me declaré vencida, y entonces el mercader me entregó un arito de marfil del que pendían unos dijes de las más estrambóticas figuras. Me explicó que aquella monería era un llavero. No hacía falta más que acertar con las cerraduras y oprimir con los dijecillos que hacían de llaves.

Tenté hacerlo y, naturalmente, busqué en los rasgos más salientes del dibujo. No era en la corola ancha y misteriosa de un loto divino; ni en los ojos oblícuos de un ídolo; ni en la mancha del ala de una polícroma mariposa, era ¡oh, pasmo! en una de las innumerables hojitas de un cerezo florido. El misterio se renovó tantas veces como tuve que dar con el secreto de las divisiones de que se componía el laberíntico interior de la cajita, que hasta hoy sería para mí un arcano a no haberme guiado el japonés indicándome cuáles eran los cierres y cuáles los llavines que les correspondían.

No recuerdo de cuántas cámaras se componía aquel interior, pero sé que eran tantas como dijecillos.

— Falta abrir una; la del mayor secreto — me dijo entonces el mercader.

— ¿Cómo — argüí — si ya no quedan más llaves?

— ¿Es que la que falta es la división de más importancia y para abrirla es necesario poner en juego todo el llavero. Le llaman el camarín del Amor.

Diciendo esto el japonés señaló en el fondo de la arquita una esfera taraceada y oprimiendo con cada uno de los llavines en el dibujo hizo girar la esfera poniendo en evidencia un camarín muy cuco tapizado de seda color rosa.

— ¿Para los recuerdos de amor? ¡Pequeño tiene que ser! — exclamé al ver la exigüidad del camarín, mientras pensaba que allí lo más que podría guardarse sería un anillo, un rizo o... un beso.

Fué entonces que experimenté la suprema sorpresa al oir que me decía el japonés al que nunca hubiera supuesto un alma capaz de vibrar con las exquisitas sensaciones del amor y tener su hor de ensueño:

— El amor, cuando existe, no puede guardarse en ningún sitio, tan grande es, y cuando pasa a la categoría de recuerdo le sobraría ese espacio porque ha vuelto a la nada..

. . . .

He recordado mi visita al bazar cuando, leyendo uno de estos días la "Pequeña Correspondencia" de un difundido semanario, encontré esta pregunta que a la directora de la sección dirige una consultante: "¿Sabría usted decirme de qué medio debo valerme para abrir un corazón de hombre que para mí se mantiene herméticamente cerrado?"

¡Ahí es nada — pensé — saber cuál es la llave Sésamo, la llave de oro para abrir un corazón!

Se me ocurre que como en el llavero aquél hay en las almas femeninas virtudes y defectos que son las llaves preciadas para llegar al camarín secreto del amor. La bondad, la dulzura, la comprensión y tal vez cierta dosis de malicia y de crueldad ¿no es de todo esto que se compone la coquetería? Sólo que el azar es el que decide cuándo hay que usarla como llavero, porque si una arquita hecha por un artífice humano, por más japonés que él sea, así es de complicada y misteriosa, ¿qué decir de esa arca cerrada, tan compleja e infinita que es un alma, obra de maravilla, hecha nada menos que por el mismo Dios?

Elsa

EL ABANICO

Un símbolo de la Vida quieres?...

Es Nuestra Señora la Vida, en sus comienzos, para nosotros, como un maravilloso abanico abierto. Nosotros ocupamos el clavito, hicimos atalaya de él, y desde allí observamos minuciosos las quince o veinte varillas, semejantes a caminos de tentación, extendidos ante esa divina alondra del alma que se llama Curiosidad. Hierve la sangre en el corazón mozo; de risas tenemos llenos los labios y los ojos; es la edad en que, ávidos de vivir, respiramos con la boca abierta. Las varillas primorosamente labradas, relucen a su luz, y todas conducen a un "país" de ensueño y de belleza superior a cuanto imaginaron los más peregrinos artistas japoneses.

¿Cómo sustraernos a su atracción, si aquel "país" de quimera es el horizonte, todo el horizonte?

Desde nuestro mirador, conscientes de nuestra libertad, de nuestra agilidad, de nuestra fuerza, y también ambiciosos — más que nada ambiciosos — tú, lector hermano, y yo, influenciados por mil sensaciones y por mil lecturas, nos hemos preguntado:

— De tantos rumbos, ¿cuál elegiré?... ¿Seré rey? ¿Seré Papa? ¿Seré millonario, y luego, en un yate de mi propiedad, iré a descubrir tierras insospechadas aún?...

Y, en otro orden de emociones:

— ¿A qué mujer o a cuántas mujeres daré mi corazón?...

¡Oh, el excelso, el supremo, el deleite único de poder elegir?...

Nuestra alegría de entonces era la del pájaro que canta, en el extremo de una rama, bajo el sol de Abril. Y mientras vacilábamos, el abanico, lentamente, sin trepidaciones, sin ruido, iba cerrándose. Era el Tiempo, eran las Horas, con sus dedos sigilosos — sus dedos de enguate — los que lo cerraban. El varillaje se superponía, como los años, las varillas simbólicas caín unas sobre otras: ya no quedaban libres más de diez; luego, nueve; después, ocho..., siete... ¡Y por momentos el horizonte era más pequeño y nosotros — ¡torpes! — no lo veíamos!

De pronto echamos a andar, pero sin saber fijamente a dónde; porque nuestra decisión más tuvo de instintiva que de razonada. Pronto reconocimos que nuestro camino no era aquel, y retrocedimos para buscar otro... ¡que tampoco era el nuestro!...

Y el abanico fatal, entretanto, continuaba cerrándose; hasta que se cerró del todo, y sólo hubo ante nosotros un camino recto, absolutamente recto, inexorable, sin sorpresas ni horizontes. El horizonte se había convertido en una cruz. Entonces comprendimos.

¡Ah!... ¡Qué dolor, qué tremendo dolor este de marcharnos del mundo sin haber hallado la ocasión ni los medios de "darnos a conocer", ni de ser leales ni aún con nosotros mismos!...

Porque hay en nosotros dos vidas, tal que dos surcos paralelos: la grotesca que vivimos, y aquella otra altísima, sagrada, que hubiésemos querido vivir.

Eduardo Zamacois.

LA BUENA COCINA

Jóvenes lectoras de la página ¡aproximaos! Tengo una receta y un cuento para vosotras. Para empezar la receta:

1 taza de las de té de azúcar en polvo, 1 taza de harina cernida, 1 huevo entero, 1 huevo de manteca que fundiréis al baño-maría. Poner todo en una vasija y mezclar bien. Mantecad ligeramente una tortera de bordes desmontables y cubrid el fondo lo mejor que podáis con la pasta. Cocer a horno no demasiado fuerte, la pasta se iguala con la cocción. Poner frutas jugosas y maduras y deshuesadas al medio, volver a hacer la misma cantidad de pasta para cubrir las márgenes de la tortera y remitir al horno polvoreando la fruta con azúcar. La pasta no debe quedar demasiado cocida, sino como un mostachón esponjado.

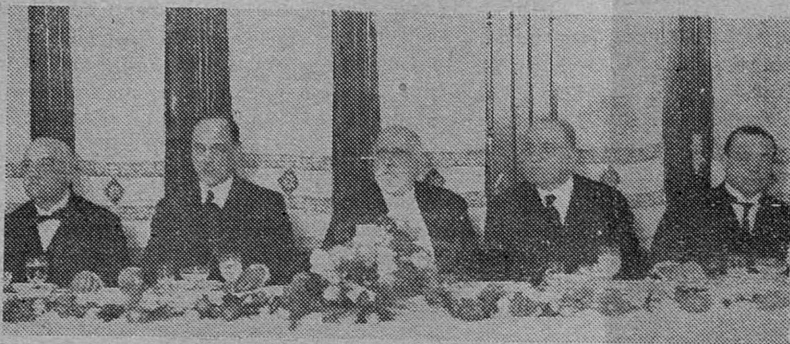
(La misma pasta más cocida y salpicada de hilitos de almendras es muy buena para hacer bizcochitos para el té).

El cuento: Este pastel es muy bueno; tan bueno, que una de mis amigas se ha casado porque sabía confeccionarlo a maravilla. Evidentemente que es esto un capricho del marido; pero... recordad vosotras a Piel de asno... "El corazón no está muy lejos del estómago", dice Lavedán en una de sus novelas.

Buen resultado y buena suerte a todas. Si por azar alguna de vosotras reedita el hecho, decidlo más alto que lo que ella lo ha dicho!... Es esto lo que os deseo de todo corazón.

Una embajada científica española

La colectividad española de Montevideo rindió su más justo homenaje a la embajada científica que España envió al Congreso Anti - Tuberculoso de Córdoba, (República Argentina). Durante los breves días de la permanencia de aquella embajada entre



Cabecera del banquete que la colectividad española ofreció a los componentes de la embajada científica

nosotros, visitaron los ilustres huéspedes gran número de nuestras instituciones, siendo recibidos, en todas ellas, con el caluroso acogimiento cordial que para las glorias españolas tienen siempre dispuesto los emigrados. Con un gran banquete colectivo se despidió de Montevideo a los admirados hombres de ciencia que aquí embarcaron para el Brasil. Nuestros votos para un feliz viaje, y nuestros augurios de éxito en el importante Congreso a que van a asistir en Río de Janeiro, la gran ciudad brasileña.

En la visita que la ilustre embajada hizo a nuestra institución, dejó estampadas en nuestro album, las siguientes bellísimas voces de aliento y de comprensión que mucho agradecemos:

"Con Santiago, España dió al mundo ejemplos inmarcesibles de fé, de ardimiento y de heroismo; con Rosalía de Castro, la Pardo Bazán y Concepción Arenal, Galicia ha dado a España bellas y redentoras ideas; con Ramón Franco, España renueva por el aire la mayor epopeya de la humanidad que sobre las aguas realizara en el siglo XV al descubrir América. Cuán digno el "Centro Gallego de Montevideo", de la Cruz de Santiago, de los dorados capiteles, de la suntuosa ornamentación de su edificio; pero más digno todavía de merecer el título de docto que con sus conferencias va conquistando al difundir profusamente la
Juan Vila Ferrán, J. Vila Font.
tínez Vargas, Jaime Ferrán,
viembre de 1927.—Andrés Mar-
cultura".—Montevideo, 4 de No-



El Dr. Ferrán y sus acompañantes durante la visita que hicieron al Hospital Sanatorio Español

Los Españoles en América

La "Revista Hispanoamericana de España", publica una estadística sobre la población española no desnacionalizada que reside en los diversos países sudamericanos de origen ibérico, en la cual Chile figura en el cuarto lugar del censo respectivo. He aquí algunas cifras:

Argentina	1.200.000
Cuba	350.000
Brasil	95.000
Chile	80.000
Méjico	80.000
Uruguay	60.000
Colombia	20.000
Perú	12.000

Siguen las demás repúblicas con cuotas mucho menores, para terminar en Panamá, donde sólo hay 700 súbditos de Alfonso XIII.

Según un informe encargado por las Diputaciones vascas, las asociaciones españolas en América, con domicilio registrado en la Secretaría del Congreso español en Ultramar, forman la siguiente estadística:

Argentina, 70; Cuba, 117; Brasil, 77; Chile, 69; Uruguay, 59; Méjico, 52. Las demás naciones iberoamericanas figuran con mucho menos número de asociaciones. Así, por ejemplo, sólo hay dos en el Perú y una en Nicaragua.

tySb; Bíccb d

Balance General correspondiente al ejercicio de 1926 a 1927

De acuerdo con lo prometido por la Junta Directiva en la última Asamblea General Ordinaria publicamos más detalladamente el Balance General correspondiente al pasado ejercicio.

EDIFICIO SOCIAL

DEBE		HABER	
A Saldo anterior	$ 123.854.73	Por Muebles y Utiles	$ 1.367.61
" Caja	" 52 70	" Saldo en esta fecha	128.966.37
" P. y S. Hernández	" 6.426.55		
	$ 130.333.98		$ 130.333.98

MUEBLES Y UTILES

DEBE		HABER	
A Saldo anterior	$ 12.332.14	Por Caja	$ 37.00
" Caja	" 481.70	" Liquidación de ejercicio	" 703.22
" Edificio social	" 1.367.61	" Saldo en esta fecha	" 15.861.23
" Liquidación de ejercicio	" 2.420.00		
	$ 16.601.45		$ 16.601.45

BANCO DE LA REPUBLICA

DEBE		HABER	
A Caja	$ 39.208.24	Por Saldo anterior	$ 6.080.00
		" Caja	" 32.754.71
		" Intereses	" 319.11
		Por saldo en esta fecha	" 54.42
	$ 39.208.24		$ 39.208.24

CAJA DE PROTECCION

DEBE		HABER	
A Caja	$ 6.40	Por Saldo anterior	$ 739.22
" Saldo en esta fecha	744.82	" Caja	" 12.00
	$ 751.22		$ 751.22

TENEDORES DE OBLIGACIONES

DEBE		HABER	
A Liquidación de ejercicio	$ 975.00	Por Saldo anterior	$ 52.375.51
" Saldo en esta fecha	" 51.715.51	" Caja	" 315.00
	$ 52.690.51		$ 52.690.51

JUEGOS FLORALES

DEBE		HABER	
A Saldo en esta fecha	$ 253.80	Por Saldo anterior	$ 253.80

RECIBOS EXPEDIDOS

DEBE		HABER	
A Liquidación de ejercicio	$ 12.309.00	Por Recibos a cobrar	$ 12.309.00

BANCO ESPAÑOL

DEBE			HABER		
A Caja	$	30.437.14	Por Saldo anterior	$	1.239.28
" Saldo en esta fecha	"	4.580.69	" Caja	"	33.630.55
			" Intereses	"	148.00
	$	35.017.83		$	35.017.83

THE BRUNSWICK BALKER COLL

DEBE			HABER		
A Caja	$	600.00	Por Saldo anterior	$	650.00
" Saldo en esta fecha	"	50.00			
	$	650.00		$	650.00

HIPOTECA EDIFICIO SOCIAL

DEBE			HABER		
A Caja	$	1.200.00	Por Saldo anterior	$	35.143.25
" Saldo en esta fecha	"	35.437.36	" Intereses	"	818.44
			Por liquidación de ejercicio . . .	"	675.67
	$	36.637.36		$	36.637.36

RECIBOS A COBRAR

DEBE			HABER		
A Saldo anterior	$	556.50	Por Caja	$	11.395.75
" Recibos expedidos	"	12.309.00	" Recibos archivados	"	950.00
			" Saldo en esta fecha	"	519.75
	$	12.865.50		$	12.865.50

INTERESES DE OBLIGACIONES

DEBE			HABER		
A Saldo en esta fecha	$	7.900.00	Por Saldo anterior	$	6.400.00
			" Intereses	"	1.500.00
	$	7.900.00		$	7.900.00

GASTOS GENERALES

DEBE			HABER		
A Caja	$	8.291.01	Por Caja	$	3.261.13
			" Liquidación de ejercicio . . .	"	5.029.88
	$	8.291.01		$	8.291.01

BILLARES

DEBE			HABER		
A Caja	$	45.54	Por Caja	$	682 80
" Liquidación de ejercicio. . . .	"	637.26			
	$	682.80		$	682.80

DONACIONES

DEBE			HABER		
A Liquidación de ejercicio	$	500.00	Por Caja	$	500.00

REVISTA SOCIAL

DEBE		HABER	
A Caja	$ 1.430.20	Por Caja	$ 977.50
		" Liquidación de ejercicio	" 452.70
	$ 1.430.20		$ 1.430.20

INTERESES

DEBE		HABER	
A Caja	$ 2.307.45	Por Caja	$ 25.11
" Banco República	" 319.11	" Liquidación de ejercicio	" 5.067.89
" Banco Español	" 143 00		
" Intereses de Obligación	" 1.500.00		
" Hipoteca Edificio social	" 818.44		
	$ 5.093.00		$ 5.093.00

P. Y S. HERNANDEZ

DEBE		HABER	
A Saldo en esta fecha	$ 6.426.55	Por Edificio social	$ 6.426.55

RECIBOS ARCHIVADOS

DEBE		HABER	
A Recibos a cobrar	$ 950.00	Por Liquidación de ejercicio	$ 950.00

CAJA

DEBE		HABER	
A Saldo anterior	$ 484.92	Por Gastos generales	$ 8.291.61
" Recibos a cobrar	" 11.395.75	" Revista Social	" 1.430.20
" Revista social	" 977.50	" Banco de la República	" 39.208.24
" Tenedores de Obligaciones	" 315.00	" Banco Español	" 30.437.14
" Billares	" 682.80	" Billares	" 45.54
" Banco Español	" 33.630.55	" The Brunswick Balker	" 600.00
" Banco de la República	" 32.754.71	" Caja de Protección	" 6.40
" Donaciones	" 500.00	" Muebles y útiles	" 481.70
" González Suárez y Cía.	" 6.500.00	" González Suárez y Cía.	" 6.500.00
" Gastos Generales	" 3.261.13	" Edificio Social	" 52.70
" Caja de Protección	" 12.00	" Hipoteca Edificio Social	" 1.200.00
" Muebles y útiles	" 37.00	" Intereses	" 2.307.45
" Intereses	" 25.11		
			$ 90.560.38
		Saldo en esta fecha	" 16.09
	$ 90.576.47		$ 90.576.47

LIQUIDACION DE EJERCICIO

DEBE		HABER	
A Muebles y útiles	$ 703.22	Por Muebles y útiles	$ 2.420.00
" Hipoteca Edificio Social	" 675 67	" Tenedores de Obligaciones	" 975.00
" Gastos generales	" 5.029.88	" Billares	" 637.26
" Revista Social	" 452.70	" Donaciones	" 500.00
" Intereses	" 5.067.89	" Recibos expedidos	" 12.309.00
" Recibos archivados	" 950.00		
" Capital social	" 3.961.90		
	$ 16.841.26		$ 16.841.26

ESTADO GENERAL DE CUENTAS

DEBE		HABER	
Edificio Social	$ 128.966.37	Caja de Protección	$ 744.82
Muebles y útiles	" 15.861.23	Tenedores de Obligaciones	" 51.715.51
Banco de la República	" 54.42	Juegos Florales	" 253.80
Recibos a cobrar	" 519.75	Banco Español	" 4.580.69
Caja	" 16.09	The Bruswick Balher	" 50.00
		Hipoteca Edificio Social	" 35.437.36
		Intereses de Obligaciones	" 7.900.00
		P. y S. Hernández	" 6.426.55
		Capital	" 38.309.13
	$ 145.417.86		$ 145.417.86

CAPITAL SOCIAL

A Saldo en esta fecha	" 38.309.13	Por Saldo anterior	$ 34.347.23
		" Liquidación de ejercicio	" 3.961.90
	$ 38.309.13		$ 38.309.13

La triunfal Galicia

Galicia tiene fuera de Galicia pueblos enteros: no hay rincón del mundo donde no se encuentre un pedazo palpitante de la triunfal Galicia. Y acaso porque los gallegos están en todas partes, es por lo que al español, cualquiera que fuese su cuna, se le llama gallego... El gallego, para toda América, es el hombre honrado, laborioso, infatigable, que de España llega dispuesto a honrarla ante el extranjero, y soñando siempre con volver. Su sueño, su morriña, es lo característico de estos hombres, tan hombres para los que la Patria es todo su ideal.

En Nueva York, ¿cómo no?, viven algunos miles. Tienen su flamante Casa de Galicia, su progresista Galicia Sporting Club y sus tradicionales romerías, a la más típica usanza gallega, alternan con los modernos partidos de futbol. Un hombre ejemplar, que orgulloso ostenta el simbólico nombre de Juan Gallego, es, por derecho propio y aclamación unánime, el popular caudillo de esos millares de compatriotas. A él se debe la unión y fuerza de éstos, y de él se esperan todos los milagros. No le bastaba con haber creado una de las más poderosas Asociaciones españolas de Nueva York y de haberla dotado del cuadro deportivo más importante de la colonia y ahora ha querido que todo esto se admire, palpitante, en la propia Galicia.

¿Cómo realizarlo? Muy sencillamente. Acaba de fletar el vapor "Chicago", de 15.000 toneladas, perteneciente a la Compañía Transatlántica Francesa, reservándose sus 457 literas de primera clase, para que las ocupen el día 27 de Mayo del entrante año de 1928, cuantos coterráneos quieran acompañarle. Si son más de 457 los que se deciden a ir con él, se cambiará el "Chicago" por el "Rochambeau" o por el "De Grasse", que tienen más cabida. Don Valentín Aguirre, opulento hombre de negocios, vasco, prestigioso agente de la Compañía Transatlántica Francesa en Nueva York, colaboró fraternalmente en el desarrollo de la idea de Juan Gallego, brindándole toda clase de facilidades.

Gallego realiza esta excursión sobre la base de la visita que ha de hacer a España el magnífico equipo de futbol del Galicia Sporting Club, con el que vendrán también la rondalla y el coro de la Casa de Galicia... La visita durará tres meses, y en la primera semana de Setiembre regresarán los expedicionarios a Nueva York. El puerto elegido para el desembarco en España es el de La Coruña, y para el retorno el de Vigo.

Pueden imaginarse los lectores cuán grande es el entusiasmo que la iniciativa de Juan Gallego despertó entre nuestros compatriotas de allí. ¿Qué hará Galicia para recibirles? Cuanto haga, por mucho que haga, siempre será poco.

Los gallegos de América, que — como todos los españoles expatriados — tanto hacen y tan constantemente por su patria chica, son algo más que unos hermanos ausentes que vuelven: son los que mantienen a España en América. ¡Los que desde América ensanchan a España!

Miguel de Zarraga.

Tercer curso de conferencias

"América a través de la emoción de los descubridores y conquistadores"

Conferencia pronunciada por el Dr. Francisco A. Schinca en nuestros salones

Señoras. Señores:

Nada más difícil que corresponder dignamente a la gentileza con que ha querido enaltecerme el Centro Gallego, invitándome a hablar desde su prestigiosa tribuna, después de haberla honrado tantos excelsos oradores que trajeron aquí, unos la efusiva palabra de la amistad, otros el concepto hondo y erudito, y todos el homenaje reverente a la ínclita España, que fué en los tiempos, por la singularidad de sus hazañas y de sus empresas, dechado y espejo de naciones, y que es hoy todavía, a pesar de sus vicisitudes históricas, el hogar común y amoroso para todas las Repúblicas americanas, hijas de su linaje y de su espíritu. La obra efectiva de la aproximación hispano-americana se ha consumado en esta Institución más que en parte alguna, si hemos de creer que la consecución de aquel ideal está, más que en la ampulosidad y el énfasis de las expresiones, en la pureza del afecto cordial y en las exteriorizaciones prácticas de una hermandad que para ser verdadera ha de traducirse en los hechos y revelarse en la conducta. No son himnos sonoros lo que España reclama de los pueblos a los que infundió su alma gigante; lo que de ellos exige es que se reconozca que la obra sorprendente de la conquista no ha sido vana, que sus sacrificios no fueron baldíos, y que sus características espirituales realmente peculiares y distintivas: la hidalguía caballeresca, la bravura ejemplar, el idealismo inclaudicante, el ardimiento de la voluntad que no se abate ni se rinde, la arrogancia un tanto quijotesca y el altivo desdén hacia todas las solicitaciones del sórdido interés material y de la granjería utilitaria, perduran en el alma de los pueblos de América y tornan indestructible la afinidad creada por la historia y consolidada por el afecto.

No es ese, sin embargo, el tema que me propongo desarrollar para corresponder a vuestra deferente invitación. El ha sido explanado en prolijas monografías y en libros de polémica. España no pide ser rehabilitada, ni necesita serlo. Acaso la condenó la pasión que ofusca, y la redimió de casi todas sus culpas la justicia que inquiere y que esclarece. Leed el libro del yanqui Lummis, "Los Exploradores Españoles del Siglo XVI", y veréis cómo un hombre que no es de nuestra raza sabe desentenderse de todo prejuicio y levantarse sobre todo estímulo inferior para restaurar o restablecer en su punto la verdad conculcada. Y desde el libro de Lummis hasta el alegato de Salaverría en "Los Conquistadores", en que la prosa, a fuerza de ser ditirámbica se torna lírica, ¡cuántas páginas cálidas de emoción en que se exalta aquella magnífica vibración del alma española que la sublimó hasta el heroísmo en el siglo más glorioso de la historia, el siglo de las navegaciones aventureras y de los descubrimientos deslumbradores, hasta culminar en la epopeya, en la más grande de las epopeyas, porque nadie excede en estatura a los personajes que en ella se mueven y nada sobrepuja en intensidad a las pasiones que en ella se desencadenan!

He pensado, pues, que no era discreto discurrir aquí ni sobre las finalidades morales de la conquista ni sobre las consecuencias económicas de la colonización. Otro aspecto del magno problema del descubrimiento se ofrecía a mi espíritu, tentándolo con la seducción de su novedad. ¿Cuáles habrán sido las emociones que experimentaron frente al paisaje y los usos del Nuevo Mundo los argonautas temerarios que se habían aventurado sobre el mar tenebroso para dar con las tierras desconocidas? El panorama de las dilatadísimas costas, de las inaccesibles montañas, de los ríos torrenciales, de las selvas inextricables, de la fauna y la flora monstruosas, de las florecientes civilizaciones, debió de producir en el espíritu de aquellos navegantes afortunados una impresión única e indeleble, y yo me proponía seguir el rastro de esa impresión en las cartas en que los descubridores comunicaban la fausta noticia de los hallazgos milagrosos, en los documentos emanados de los conquistadores, en las ingenuas narraciones de aquellos cronistas primitivos que acostumbraban seguir a los exploradores en sus azarosas campañas y traducían luego su emoción en su prosa tosca y algunas veces desaliñada, en la que, a falta de primores verbales, resplandecía como cualidad fundamental la exactitud escrupulosa y detallista.

El asunto tenía para mí una fascinación particular, pero ofrecía a la vez dificultades insuperables. Los descubridores eran, por lo común, salvo Colón, casi insensibles a la sugestión del paisaje. Los hombres de hierro que realizaron la conquista de tantas regiones apartadas y abruptas no gustaban de consignar sus impresiones,

porque su alma recia no conocía la molicie de la ociosa contemplación y sólo se satisfacía en las descomunales acciones en que se probaba el temple y el vigor de la voluntad, en la tremenda lucha diaria con la naturaleza hostil y con el indio insumiso. Y en cuanto a los historiadores o cronistas, no se permitían devaneos literarios y sólo de tarde en tarde aparece en sus páginas el trazo pictórico o descriptivo.

Para pintar aquella naturaleza en la que el rasgo esencial es la desmesura o la grandiosidad, hubiera sido necesario el estro de un gran poeta.

Y fueron los poetas los que faltaron en América. Sólo Alonso de Ercilla tuvo positivamente esa calidad, y la manifiesta en los broncos y monótonos cantos de su "Araucana", en la que la extensión desproporcionada no corresponde a la limitación del asunto y del tema. Gutierrez de Cetina estuvo por dos veces en Méjico, pero no queda de ello huella alguna en su producción, acaso porque su musa alígera y madrigalesca, que se complacía más en el discreteo galante que en el énfasis épico, dejó siempre de lado con deliberada displicencia la nota descriptiva. El fenómeno resulta digno de ser comentado. Los que se sintieron tentados por la aventura del Nuevo Mundo y se jugaron la tranquilidad y hasta la vida para acometerla y llevarla a término feliz, fueron tan sólo hombres de empresa, gerifaltes osados que anhelaban subyugar imperios con sus tizonas, o argonautas temerarios en quienes la alucinación de las grandes riquezas creaban espejismos fascinantes e irresistibles. Los poetas no experimentaron la tentación y no se arriesgaron en la dura prueba de la travesía oceánica. Los más altos y representativos quedaron en Europa, y satisfacieron allá el instinto andariego de la estirpe en peregrinajes y correrías como las de Garcilaso de la Vega y Hurtado de Mendoza por Italia, las de Lope de Vega cuando embarcó en la invencible armada, y las de Cervantes cuando partió para lidiar con el turco, después de embriagarse de sol y de libertad en las sonrientes ciudades italianas, en cuya tibia atmósfera perfumada florecían con loca profusión las rosas del placer deleitoso y de la novedad incitante. Si algunos de esos ingenios se hubiera alistado en las expediciones que llegaban a las tierras recién invenidas, más que con relatos de acciones bélicas, que son algo así como crónicas torpemente rimadas de la conquista militar, contaríamos hoy con algunos poemas de superior hermosura, en los que se celebrase los esplendores de la pródiga naturaleza americana, porque en aquellos días el idioma castellano, opulento y flexible como pocos, había llegado a convertirse en instrumento apto para la expresión de todas las emociones, por su admirable plasticidad y por su inexhausta riqueza de vocablos y de modismos.

Son, señores, los poetas modernos los que nos dan una impresión más vívida y palpitante de lo que debió ser el paisaje de América visto por los ojos y por el espíritu de los descubridores y los conquistadores. Y es un portalira cubano de origen y francés de adopción, cuyo lenguaje tiene el énfasis del español y cuya alma, parece modelada en la misma turquesa en que se troqueló el espíritu castellano, el que mejor trasladó a sus cuadros, que no tienen en algunos casos más extensión que la que abarcan las catorce líneas de un soneto, la sensación de aquellos panoramas, y el que con más finura se adentró en el alma del paisaje y en la psicología del hombre que por primera vez se sintió deslumbrado por él y como abrumado por su grandeza. Me refiero a José María de Heredia, cuya imaginación tropical reconstruye con acierto único escenas y lugares, al punto de que su notable poema "Los Conquistadores del Oro" es una crónica completa de las andanzas de los fundadores y paladines y de sus gestas increíbles, realzada por el atractivo de un lenguaje que no cae jamás en las vulgaridades o en el prosaismo. El que cantó en francés las hazañas del Romancero debía ser insuperable en la celebración de las proezas de los descubridores. Y junto a él, hemos de mencionar a José Santos Chocano en algunas afortunadas composiciones de su "Alma América"; a Leopoldo Díaz, que parece seguir, acaso aproximándose demasiado al modelo, las huellas de Heredia en muchos de sus versos, y a nuestro Zorrilla de San Martín, que en no pocos pasajes de su "Tabaré" ha logrado fijar para siempre, como en indelebles frescos murales, la fisonomía de nuestra tierra, para dar la sensación cabal del escenario en que agoniza y muere una raza, pero en el que nace, a la

vez, para la inmortalidad de la gloria, una de sus más completas encarnaciones, que es el indio protagonista de aquella emocionante epopeya.

Limitándome por ahora a las extraordinarias visiones de Heredia, véase cómo describía él los viajes de los conquistadores y la ansiedad febril que movía la voluntad poderosa de los héroes, bajo el acicate de la fascinación de espejismos magníficos que ellos veían reflejarse en la irradiación misteriosa de las estrellas que iban surgiendo en los firmamentos desconocidos, a medida que los galeones de España avanzaban hacia la aventura:

"Cual bandada de halcones la alcándara feudal,
a Palos de Moguer, hartos de altivas penas,
dejaban capitanes y labradores, llenas
las almas de un ensueño hazañoso y brutal.
A conquistar salían el místico metal
que corre de Cipango por las fecundas venas,
y los vientos alisios llevaban sus antenas
al borde misterioso del mundo occidental.
Cada noche, esperando crepúsculos utópicos,
el azul chispeante de la mar de los trópicos
encantaba su ensueño con un matiz dorado:
o, a proa, de sus naves viendo las blancas huellas,
atónitos miraban por un cielo ignorado
del fondo del oceano subir nuevas estrellas."

La proeza de Juan Ponce de León, que busca ansiosamente, a lo largo de tierras hostiles, la fuente de la perenne juventud, y que descubre la Florida "bajo un cielo encantado", ha sido perpetuada en un soneto del cubano; y también alcanza la consagración de un breve poema la hazañosa odisea de Hernando de Soto, que en incontenible y atrevido impulso llega hasta las orillas del Mississipi y encuentra la tumba en el gran río, en lecho cavado por aguas virginales, según la expresión del poeta. El antepasado español, ilustre caballero cuya frente tostó el sol de los trópicos, parece buscar aún con pupilas sombrías, según se dice en otro soneto, los vívidos fulgores de la Castilla de Oro. Cartagena revive en estos tercetos respetuosamente vertidos a nuestro idioma por Antonio de Zayas:

"Cartagena humeante bajo el azul más puro,
con sus negros palacios sepultarse tu muro
ve, del ronco oceano en los glaucos hervores;
y tan sólo ¡oh caudillo! fulgura en tu cimera
heráldico testigo de sueños de esplendores,
una ciudad de plata bajo una áurea palmera.

Otra visión de ciudad colonial asoma, en fugitivos y certeros trazos, en estos dos tercetos de Heredia:

"En una isla, en donde el mar va a defenderla,
pese al tiempo y al hombre y al rayo y a los vientos,
tu ciudad alza al cielo sus torres y conventos;
y tus postreros vástagos, sin trébol, apio o perla,
lucen en el escudo que albo yelmo remata,
bajo palmera de oro una ciudad de plata".

No hay para qué decir que el riesgo que se corre con estas descripciones es el de caer en el amaneramiento, en el convencionalismo y en la afectación. Para encontrar frescura y virginidad en estas pinturas de ambiente es indispensable volver siempre los ojos a las crónicas de los historiadores primitivos, aún cuando nos disguste la parquedad de las alusiones a las bellezas naturales y a los accidentes del medio físico, y la tosquedad del lenguaje. Heredia ha incurrido en el defecto que se apunta, y sus reproducciones del paisaje de América tienen no pocas veces todas las características de un cromo chillón, un tanto puesto a la sordina en el francés en que fué escrito originariamente el poema de los conquistadores del oro, pero detonante, por la vivacidad exasperada del colorido, en la traducción española de Zayas. Analícese, por ejemplo, esta descripción de la selva americana:

"Sobre marga arenosa los caimanes gigantes
al tapir acechaban o a las rosas fragantes.
Los majás plateados y las boas protervas
con sus anillos múltiples maceraban las hierbas
o esperaban, trepando por árboles enfermos,
la hora en que a abrevarse iban los paquidermos.
Y a los bordes del lago rico en tósigos miles
do sin cesar vagaban batracios y reptiles
podíase a la puesta purpúrea del sol ver
las fieras que en manadas bajaban a beber:
la puma, el gato tigre de rayadas guedejas,
y el hermoso carnívoro que siempre va en parejas,
más que todos los otros felinos celebrado
por su terrible gracia y empuje no domado:
el jaguar. Y, doquiera, al aire que colora
vívida luz, flotaba una viviente flora;
junto a los cactos áloes nacían; y en sonoros
rumores prorrumpían cacatúas y loros
que bajo pabellones de crujientes follajes,
al sol abrillantaban sus pintados plumajes,
en tanto que, batiendo las alas fulgurosas,
con los pájaros moscas las grandes mariposas
lanzaban surtidores varios de pedrerías
en torno a los bejucos en flor de las umbrías".

Surgen luego, evocadas por la imaginación del poeta, presa de extraña exaltación creadora, otros ejemplares característicos de la fauna indígena, entre ellos los monos saltarines que irrumpen de todas las malezas, simios de rostros azulados y de hirsutas jorobas que seguían en sus vagabundeos a los osados nautas; y enseguida, sobre el amplio horizonte teñido de escarlata, para completar el panorama, se hierguen los volcanes gigantes, en cuyas entrañas se gestan las catástrofes:

"Coronados de nieve los montes de amatista
cortaban el oscuro cielo con viva arista,
de do se alzaban rígidos hasta el éter sereno
el monarca del fuego y el príncipe del trueno".

Son las huestes de Pizarro las que asisten absortas a esas revelaciones esplendentes de un mundo nuevo. El poema refiere que el futuro sojuzgador del Perú vuelve a España con el designio de reclamar el concurso efectivo de la corona para la realización de su empresa, cuya ejecución alcanzaría como premio el sometimiento de un imperio capaz de satisfacer con sus riquezas fabulosas la más desapoderada concupiscencia. El monarca se muestra reacio a la idea de imponerse nuevos sacrificios pecuniarios, y para vencer sus escrúpulos, el conquistador, dominado por su ciega ambición, tienta la codicia del César con la enumeración de las riquezas que atesora aquella tierra pródiga y hechizada:

"Pintó en seguida todas sus hazañas y afanes,
la enorme cordillera con sus viejos volcanes
y el incendio terrible, que estremece la tierra,
y el que lanzan los cráteres y en su fondo se encierra:
flujo de lavas de oro fulgente y destructor
sobre el que raudo cierne sus alas el condor.
Elogió los encantos del suelo diferentes:
los que surcan, innúmeros, caudalosos torrentes,
la arena de esmeralda, rubíes y topacios;
la chicha que en bodegas fermenta de palacios
en vasos de oro puro que asemejan las jarras
de aceite de las fértiles y abruptas Alpujarras;
los templos que al Sol alza la barbarie infeliz,
de oro circundados por campos de maíz
cuyas mazorcas rubias entre el follaje verde
fingen en la llanura, que de vista se pierde,
pastores y corderos hechos de oro nativo,
dignos de que los mire un César pensativo".

Claro está, señores, que la nota distintiva de este poema inspiradísimo es la exageración altisonante; pero no hay duda también de que debió de ser ilimitada la admiración de los que primero arribaron a las soñadas costas de América ante el paisaje virgen y como hermoseado por una luz recién creada, y ante la revelación casi mágica de tantas maravillas que surgían sobre el haz de un continente todavía inhollado, al conjuro de la voluntad todopoderosa del hombre, tan fuerte, al parecer, como la sagrada voluntad de los dioses. Aquella naturaleza no era la misma que conocían los descubridores europeos. Asistían éstos a la creación de una nueva tierra en la que todo era ciclópeo y desmesurado, desde las cordilleras que levantan hasta el azul sin mácula sus cimas agrias y nevadas hasta las selvas impenetrables en que la lujuriosa vegetación tropical se ostenta en toda su desconcertante magnificencia.

"Todos los climas están allí— ha dicho con verdad Zorrilla de San Martín en su conferencia del Ateneo de Madrid sobre el descubrimiento del Río de la Plata—: desde el frío del polo hasta el calor del trópico, sin encontrarse, sin embargo, en esas suntuosas comarcas, ni los mares de fuego de los desiertos africanos ni las regiones muertas de las estepas del Asia; todos los cielos se proyectan en su cielo; todos los cantos se oyen en sus bosques; todos los metales circulan en las arte-

rias subterráneas de ese mundo, como corrientes de fuego que bañan las raíces de ese bosque de piedra que se llama los Andes; la fauna y la flora todo lo invade, sin dar casi espacio al dominio de la infecunda arcilla; la naturaleza está pronta allí a recibirlo todo, a fecundizarlo, a multiplicarlo todo".

Este concepto de las diferencias existentes entre el paisaje de Europa y el de América ha sido expuesto de modo magistral por Salaverría en uno de sus libros. Afirma el erudito escritor que en la Europa propiamente dicha la naturaleza mantiene el ritmo clásico y el heleno de la mesura y la ponderación. Ni los ríos ni las llanuras ni los bosques son en el viejo continente demasiado grandes. Son panoramas para hombres normales y no para personajes quiméricos. Todo, desde las estaciones hasta la población, es en la Europa occidental como el resultado de un plan armonioso en que triunfan la proporción y la medida.

En cambio, en América, la naturaleza parece aguardar, no a una muchedumbre de hombres, sino a una legión de gigantes. Es—siempre según Salaverría—"un continente monstruoso, desmesurado, hecho para seres de otra gestación geológica. Los descubridores españoles, si penetraban en un bosque, se encontraban pronto envueltos por la monstruosidad de la selva; si aguardaban la lluvia, recibían el denso diluvio tropical; si buscaban un río, veían abrirse la inmensidad del Orinoco, del Amazonas, del Plata; si hallaban un cerro, veían surgir en su altísima cumbre las fauces de un tremebundo volcán... Por donde quiera les sorprendía lo gigantesco y desmesurado. Monstruosos los calores, los fríos, las lluvias, las sequías; gigantescas las llanuras, interminables las distancias, enormes los imperios. Desmesuradas las hambres, infinitos los triunfos y los placeres. Sorprendente y maravillosa la altivez de los Andes, surgiendo sobre el mar. Terribles y apocalípticos los terremotos, que destruyen en un momento las ciudades. Desmesuradas, en fin, las riquezas de Méjico y del Perú, con sus palacios henchidos de verdadera y material pasta de oro."

Para expresar el estupor que la presencia del Mundo Nuevo debió de producir en el espíritu de los exploradores españoles hubiera sido necesario que las solicitaciones de la acción inmediata no embotasen en éstos la fina sensibilidad para la percepción de las bellezas recién nacidas a la luz. La naturaleza les era hostil, como si se hubiera concertado con los hombres que poblaban los desiertos americanos para cerrar el paso a los audaces aventureros. Y esa resistencia silenciosa y pasiva, pero tenaz, del medio geográfico, se advirtió lo mismo cuando tuvieron que atravesar los soldados de Balboa las selvosas tierras panameñas, que cuando entró Cortés en la altiplanicie mejicana: lo mismo cuando el ejército de Belalcázar penetró hasta el corazón volcánico del Ecuador, que cuando fué preciso conquistar la selva misionera, tenebrosa e inextricable. Dominaban, además, a los hombres que llevaron a término la epopeya de la conquista dos ideas orientadoras de su conducta y de su acción: la adquisición de la riqueza y la catequización religiosa de los indios, cuyo ingenuo naturalismo politeista no podía ser del agrado de los que venían con el designio de convertir a la raza vencida a la moral del evangelio y a los principios del catolicismo. Pero aún por sobre esos afanes cardinales, primaba en aquellos aventureros valerosos otro propósito todavía más imperativo: el de la rápida apropiación de la tierra, aún cuando fuera preciso combatir, para obtenerla, con los elementos desencadenados, en rudas contiendas semejantes a las que se empeñaban entre los titanes y los diosos en los poemas en que florecen las viejas leyendas cosmogónicas y las supersticiones antiguas.

Todo el continente americano resuena durante el siglo XVI con los ensordecedores ecos de aquella gigantesca batalla. Adonde quiera convirtáis los ojos y el alma, os cegará el prodigio. Pero la hazaña se presenta con caracteres de grandeza insuperable en estas ocasiones supremas, en las que no parece sino que el corazón humano quisiera hacer ostentación y alarde de todas sus virtudes heróicas: el descubrimiento de las primeras islas americanas por Colón, la conquista de Méjico, el sojuzgamiento del Perú, el arribo de los argonautas españoles al Río de la Plata, la súbita aparición de la inmensa llanura líquida del Océano Pacífi-

co ante los atónitos ojos de Núñez de Balboa, y la exploración de Orellana por el caudaloso Amazonas, en la más arriesgada de las empresas a que haya podido lanzarse el arrojo característico de aquellos recios gerifaltes de antaño.

La llegada de Colón a la primera isla americana que tocaron sus naves, tras las interminables y ásperas jornadas de la navegación por el mar tenebroso, ha excitado la fantasía de los escritores. Lamartine evoca la noche que precedió a la aurora mágica del descubrimiento. La voz del bronce y el emocionado grito de ¡tierra! habían anunciado la proximidad del milagro. "Se amainaron las velas —escribe Lamartine— y se esperó la aurora. El misterio del océano había pronunciado su primera palabra en el seno de la noche, y el día iba a revelarlo enteramente a todas las miradas. Los perfumes más suaves y desconocidos llegaban por ráfagas hasta las naves con la sombra de una costa, el ruido de las olas en los arrecifes y el viento de la tierra... Al extenderse el crepúsculo en el aire, dejó salir poco a poco las formas de una isla del seno de las aguas. Sus dos cabos se perdían en la bruma matutina y sus dos costas bajas se elevaban en forma de anfiteatro hasta la cima de las colinas, cuya verdura sombría contrastaba con el color azul del cielo. A pocos pasos de la espuma de las olas que iban a morir en la arena amarilla, una selva de árboles majestuosos y sin nombre aún, se extendía gradualmente sobre los diversos planos que presentaba la isla. Verdes ensenadas y claros luminosos en el fondo dejaban ver a medias los misterios de la soledad y unas habitaciones dispersas semejantes a colmenas de hombres por su forma redonda y su techo de ramas secas. Veíase también elevarse el humo, acá y acullá, por sobre las cimas de los bosques".

He ahí, señores, cómo construye la imaginación sus castillos, y cómo teje la fantasía poética, con los escasos elementos tomados de la realidad lejana y desvanecida para siempre en el tiempo, sus tapices graciosos y multicolores. Colón era también un poeta, pero sus descripciones de la tierra son de una gran sobriedad. En la más injusta y desconsiderada diatriba que se haya escrito contra el insigne navegante, en el libro reciente de Marius André "La verídica aventura de Cristóbal Colón", se echa en cara a éste el haberse dejado llevar por los devaneos de su acalorada fantasía. El autor de esa invectiva implacable le reprocha el haber afirmado en una de sus cartas la existencia de las sirenas en las playas americanas. Pero olvida que esas alucinaciones y desvaríos de los sentidos eran lo normal y corriente en aquellos hombres que vivían y respiraban, desde la hora del hallazgo de las tierras ignotas, en una atmósfera de hechizamientos y de prodigios.

La emoción de la llegada a las Indias, nombre sonoro, significativo y jovial, más que el de América, según apunta Salaverría, no se manifiesta en los escritos de Colón por medio de grotescas hipérboles. Es, apesar de su intensidad, sobria, decorosa y contenída. Cuando dá noticia del descubrimiento, no emplea ninguna expresión en que pueda verse exageración efectista o mera vanagloria. Lo único que será forzoso perdonarle, aunque Marius André lo considere como un detalle en que puede ejercitarse lícitamente su fácil ironía, es la infantil prosopopeya con que viste, al descender a tierra, sus llamativos arreos de almirante, y levanta en sus manos, con ademán teatral, como signo de posesión irrevocable, la orgullosa insignia de Castilia.

Cuando se consumó la conquista de Méjico, alarde portentoso de temeridad y de audacia, los soldados de Hernán Cortés experimentaron las más variadas emociones, desde la admiración hasta el espanto. Ellos también iban en procura de lo desconocido, y lo desconocido será, en esta solemne ocasión de la historia, una realidad más bella que todas las quimeras y más deslumbradora que todas las especulaciones de la atrevida fantasía. No es que no

haya nada que censurar en la hazaña inaudita. En los procedimientos de aquel arrojado capitán entraba por mucho la astucia refinada y la perfidia artera. Pero pensad que el ejército que acomete la empresa se compone apenas de algunos centenares de hombres, siquiera pertenezcan todos ellos, aún los anónimos y oscuros, al fuerte linaje de los héroes, y que los enemigos contra los cuales van a combatir son innumerables y cuentan con dos aliados de efectiva eficacia: el conocimiento cabal del territorio y la hostilidad sistemática de la naturaleza, que parece obstinarse en no franquear el paso a los que entran como invasores en aquel imperio poderoso, no hollado todavía por la planta del hombre blanco. La primera impresión fué de asombro ante la belleza de los inesperados panoramas. Se inicia la marcha de la pequeña hueste hacia el interior en Agosto de 1519. Las comarcas de Tierra Caliente sorprenden a los expedicionarios con su desbordada fertilidad, que contrastaba con la aridez desoladora de la costa. Creían encontrarse los aventureros españoles en los lujosos cármenes de su remota Andalucía. La viciosa vegetación de los trópicos se exhibía allí en toda su grandiosidad y magnificencia. Son luego las llanuras de verde césped, y, resplandeciendo en el horizonte, el cráter de nieve del Citlaptepetl, que es como un impasible atalaya que vigila y amenaza en silencio. Tras dos días de marchas fatigosas, el paisaje, hasta entonces tranquilizador y riente, se torna abrupto y hosco. Han llegado a las altas regiones montañosas, en las que sopla un viento gélido, y llueve y graniza por las noches casi sin tregua. Los padecimientos de los soldados son infinitos, pero no por ello flaquea o desmaya la voluntad heróica, familiarizada ya con todas las contrariedades y los horrores de aquella existencia errabunda, dramática y aventurera. Cuando el ejército expedicionario se encuentra con la primera fuerza indígena organizada y numerosa, que se impone por su masa y por la variedad de las armas, algunas de ellas singularmente eficaces y mortíferas, el bien templado corazón de los españoles experimenta un sobresalto. "Nos inquietamos—consigna en su relato el viejo cronista de la legión, el homérida Bernal Díaz del Castillo—nos inquietamos porque éramos hombres y temíamos a la muerte. Casi toda nuestra gente se confesó durante la noche, e imploramos fervorosamente a Dios que nos concediese la victoria".

La pasmosa riqueza del imperio y el lujo y bienestar de algunas de sus ciudades, suscitan el asombro ingenuo de aquellos varones aguerridos. En su carta al Emperador Carlos V celebra Cortés el orden perfecto y el progreso industrial de Tlascala. En Cholula, el santuario del dios Quezalcoalt, que sobrepujaba en magnitud, según un historiador, a las más grandes pirámides de Egipto, testimoniaba con su opulencia el adelanto de aquella civilización que había florecido, alentada por un clima benigno y por el espíritu soñador de toda una raza, en aquellas regiones distantes y misteriosas. Los exploradores tuvieron todavía más acabada idea del fabuloso esplendor de aquella nación cuando llegaron a manos de Cortés los presentes que le enviaba Moctezuma para granjearse la voluntad de los hombres blancos, que, según una tradición muy difundida entre los indios, se apoderarían del territorio y arrasarían cruelmente todas las manifestaciones de aquella cultura acaso secular, creada y mantenida por el favor de los dioses, logrado a cambio de sangrientos sacrificios propiciatorios. La enumeración detallada de aquellos presentes, aún en la narración de un historiador tan circunspecto y mesurado como Cronau, parece una página arrancada a alguna fábula miliunanochesca. Y se nos antoja que es cosa de fábula también la llegada a Tenochtitlan, metrópoli del extenso y populoso imperio, la Méjico de hoy, asentada en una vastísima planicie, como surgiendo de un lago de záfiro, bajo un sol glorioso y rutilante. Antes de experimentar esta impresión placentera habían sufrido los españoles otra de muy distinta índole, mezcla de sorpresa y pavor. Por primera vez asistieron a un espectáculo desconocido en Europa: la erupción de un volcán, cuya cimera de humo y de llamas provocó la general curiosidad de los soldados, y aún algunos de ellos, movidos por el demonio familiar de la aventura, que enderezaba todos sus pasos, osaron trepar, entre una tempestad de ceniza y de nieve, a la cima convulsionada del Popocatepetl. Bernal Díaz del Castillo, cronista y combatiente, narra en su prosa concisa y algunas veces ex-

presivamente pictórica, todos estos episodios de la árdua conquista. Y pinta también el horror de sus compatriotas al hollar los templos en que se adoraba a los númenes tutelares del Imperio, divinidades de un olimpo candoroso en que alternaban los dioses sanguinarios e implacables con los benéficos y propicios. Los primeros sólo se satisfacían con holocaustos humanos, y los últimos con ofrendas agrarias. Quetzolcoalt era el espíritu del viento, bajo cuyo gobierno paternal habían disfrutado los pueblos del Anahuac de una inalterable edad de oro; enseñó a los hombres, al igual que el viejo Prometeo, el uso de los metales, y los adiestró en las labores agrícolas. Su madre Coatlicue era la diosa de la tierra pródiga y productora. Se veneraba también al sol, al fuego y a la muerte. No faltaba el aborrecible dios de la guerra, representado en un icono cuyo rostro estaba cuajado de oro, perlas y piedras preciosas, y en cuyo cuerpo se enroscaban grandes culebras también de oro. En una mano esgrimía el arco flexible y en la otra las flechas aleves y mortíferas. Su hermano era el dios del averno, de la noche, del frío y de la aridez. Se reverenciaba a Tlaloc por ser el espíritu que congregaba las nubes y producía las lluvias fecundantes. Aquella ingenua mitología contaba aún con muchas otras personificaciones, porque esta pululación de seres divinos es una característica de todos los pueblos primitivos, candorosamente naturalistas.

La conquista de Méjico tiene todos los caracteres de una epopeya portentosa. Sus páginas más lúgubres y conmovedoras son la defensa de la ciudad sagrada por las huestes del emperador Guatimocin, de la más pura estirpe de héroes, que no se rinde ni se doblega en el tormento, y la retirada de Cortés en aquella tremenda noche de la tribulación en que el caudillo creyó ver desbaratada para siempre, en el fracaso de todos sus planes, su ilusión de gloria y de riqueza. Como una tierna nota idílica en el fragoroso hervor de aquellas pasiones candentes y monstruosas, cabe recordar aquí las relaciones de Cortés con Marina, la indígena de singularísima hermosura; relaciones que tienen toda la significación de un símbolo, porque demuestran que si faltó en la obra de la conquista del Nuevo Mundo la colaboración femenina, no se echa de menos en ella aquel sentimiento del amor, ardoroso y brutal en los primeros momentos de la lucha, en los que la mujer forma parte del botín de los paladines, y depurado después por la convivencia, hasta convertirse en la mutua atracción de dos razas de cuyo connubio nacerá otra estirpe de hombres en que las virtudes superiores de ambas se equilibrarán sabiamente, preparándola así para realizar todas las hazañas, para alcanzar todos los éxitos y para soñar con todas las aventuras!

El descubrimiento del Océano Pacífico es, en mi sentir, una de las más altas proezas que registra la historia de España y de América. Balboa fué el héroe por antonomasia, porque vence los más temibles obstáculos, soporta las más horrendas penalidades, y hace, al fin, al mundo, el regalo magnífico de aquel soñado mar del Sur que alucina a los exploradores con el espejismo de sus bancos de perlas y de sus arenas auríferas. Me he complacido muchas veces en imaginar la enorme emoción del descubridor frente a la infinita llanura de agua. ¡Qué odisea puede igualar en peripecias singulares a aquella travesía del itsmo! Antes de escalar la cordillera desde cuya cúspide eminente pudo Balboa contemplar el esplendoroso espectáculo — esfuerzo de suyo árduo y digno de titanes — tiene que atravesar algunos kilómetros de territorio en que parecen haberse acumulado toda suerte de accidentes adversos. Expediciones posteriores y mejor pertrechadas, una de ellas la que se organizó en 1854, fracasaron en ese empeño sobrehumano. "El obstáculo más poderoso— dice un historiador — es el bosque virgen, que se desarrolla en este itsmo con más exuberancia que en parte alguna de la Tierra, cubriéndolo todo con su verde follaje. Poderosos troncos envejecidos por el tiempo, unidos unos a otros, entrelazados y envueltos por enredaderas y plantas trepadoras, elévanse por todas partes en tan apiñado haz, que los rayos del sol no pueden traspasar su follaje. Sólo un pálido reflejo delata al viajero errante en esta espesura la claridad del día. A cada paso interceptan el camino los tallos de las lianas,

tan gruesos como un brazo y duros como el acero, y los frutos de las plantas parásitas; por todas partes hay que trepar sobre gigantescos árboles derribados, vadear lagunas y cruzar torrentosos arroyos y ríos."

A estos impedimentos naturales es preciso sumar la agresividad constante e irreductible de tribus salvajes y belicosas, que es necesario someter por las armas, en jornadas homéricas. Y cuando termina aquella peregrinación inenarrable, durante la cual quedan diezmadas las fuerzas del ejército español, ocupadas hasta en el transporte de los navíos, hay que ascender por la falda abrupta de la cordillera. A las diez de la mañana de un clarísimo día de Setiembre llega el descubridor a la cumbre. Y desde allí vé resplandecer el milagro. Las aguas del nuevo océano reverberan bajo un sol de gloria. Y más arrogante aún que Aníbal cuando asciende a la cima de los Alpes y enseña a sus soldados los campos deliciosos de Italia, según la frase de Pedro Mártir de Argleria, Balboa agradece a la providencia el don magnífico de aquel mar sin horizontes ni confines, entra en sus aguas para tomar posesión de ellas y reta con tonante voz a los que pretendan disputarle su señorío.

No he leído página alguna, ni aún en el libro de Quintana sobre los varones ilustres, digna de celebrar este fausto suceso: la conquista del océano por el hombre. Pero hay unos versos de Chocano en que el poeta modela como en bronce la silueta de Núñez de Balboa. Es, desde luego, este soneto:

"Por la atónita selva, que pujante
abres, como rasgada vestidura,
vas corriendo la intrépida aventura
de llevar tu pendón siempre adelante;
más, de súbito, escuchas el gigante
rumor de un mar poblando esa espesura,
y reparas que crece y se apresura,
cuanto más huyes tú del mar de Atlante.
Es otro... ¿No lo ves? Hacia él te lanzas:
llegas por fin con tu bandera a solas,
y en el roto cristal entrás y avanzas;
y diríase, al ver tu épico trazo,
nó que tú penetraste entre las olas,
sino que el mismo mar... ¡te dió un abrazo!"

Y son después estas estancias del poema "Los caballos de los conquistadores":

"¡No! No han sido los guerreros solamente,
de corazas y penachos y tizonas y estandartes,
los que hicieron la conquista
de las selvas y los Andes;
los caballos andaluces, cuyos nervios
tienen chispas de la raza voladora de los árabes,
estamparon sus gloriosas herraduras
en los secos pedregales,
en los húmedos pantanos,
en los ríos resonantes,
en las nieves silenciosas,
en las pampas, en las sierras, en los bosques y en
[los valles.

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Un caballo fué el primero,
en los tórridos manglares,
cuando el grupo de Balboa caminaba
despertando las dormidas soledades,
que, de pronto, dió el aviso
del Pacífico Océano, porque ráfagas de aire
al olfato le trajeron
las salinas humedades;
y el caballo de Quesada, que en la cumbre
se detuvo, viendo, al fondo de los valles,
el fuetazo de un torrente

como el gesto de una cólera salvaje,
saludó con un relincho
la sábana interminable...
Y bajó, con fácil trote,
los peldaños de los Andes,
cual por unas milenarias escaleras
que crujían bajo el golpe de los cascos musicales
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

La conquista del Perú no tiene, como hazaña, apesar de sus resultados estupendos y de su trascendencia histórica, la grandeza que caracteriza la toma de posesión del Imperio de Moctezuma en nombre de la monarquía española. No alcanza Pizarro la estatura épica de Cortés, ni el cronista de la expedición victoriosa puede parangonarse con Bernal Díaz del Castillo en el arte de narrar dramáticamente escenas y episodios que pudieron ser, én más de una memorable ocasión, dignos del canto. Cieza de León, que traza la "Crónica del Perú", es narrador más hábil que Jerez, y hay en su prosa austera más de un estremecimiento de emoción. Las operaciones de guerra se desarrollan en el Perú en muy breve espacio de tiempo, pero la admiración que suscita aquella celeridad con que el duro guerrero que es Pizarro doma y somete a la fortuna, acudiendo para ello a no siempre lícitos expedientes, decae un tanto cuando se piensa que el éxito feliz de la empresa tuvo su remate en la depredación y la ruina de un gran imperio en que había llegado a florecer una de las más poderosas y magníficas civilizaciones autóctonas del Nuevo Mundo. La rapidez con que se suceden aquellos bélicos acontecimientos no fué parte a impedir que los españoles se sintieran maravillados ante la suntuosidad y opulencia de ciudades como Túmbez y El Cuzco, famosa la primera por sus inexpugnables fortificaciones y la segunda por sus tesoros deslumbradores, y ante la fertilidad de aquellos campos, cultivados con un arte sabio, y capaces de abastecer con su producción a todas las poblaciones que tenían su asiento en aquellas comarcas privilegiadas. Admiraron también la organización institucional de aquel país, avasallado por la voluntad incontrastable del inca, pero regido por tan discretas leyes que todo concurría a asegurar el orden en la prosperidad y el sosiego común en el bienestar y en la holgura. Aquel pueblo había construído caminos y calzadas que provocaron el asombro de Humbolt y que se asemejaban bastante a las vías militares de los romanos, casi perfectas, y a las carreteras de los tiempos modernos que abren al tránsito de los hombres y de los productos de la tierra posibilidades inagotables. Cieza de León se preguntaba con no disimulado pasmo qué fuerzas humanas se habían puesto a contribución para construir aquel camino que, partiendo del Sur de Colombia, pasaba por el Cuzco y llegaba, bordeando cimas y salvando abismos, hasta el corazón montañoso de Chile. Idéntica reflexión debieron sugerirle los maravillosos jardines colgantes de Vilcamayu. Aquel soberbio Imperio, que se llamó en los tiempos Tahuantinsuyu, estaba gobernado por Atahualpa, de ascendencia divina, como todos los incas, que unen el esplendor del linaje al prestigio de una autoridad que promovía en algunos casos emulaciones ardorosas, pero que el pueblo acataba sin reserva alguna porque atribuía al soberano temporal la misma alcurnia que a los dioses tutelares y eternos. Y el inca correspondía a esa reverencia de sus súbditos, consagrándose a labrar su felicidad e inculcándoles hábitos de disciplina y de trabajo, como cuando, para animar con el ejemplo a sus vasallos, presidía año a año la ceremonia de la iniciación de la siembra, rodeándola de vistosa solemnidad, pues concurría en persona, con un séquito constituído por los grandes personajes del reino, al campo sagrado que la piedad común dedicaba al Dios Sol, y arrojaba en los surcos abiertos las primeras semillas, que regaba después con granos de maíz de oro puro, de aquel mismo oro que resplandecía en los templos y en los palacios y que encendía en codicia incontenible el alma férrea de los conquistadores castellanos. Para poder complacerse en el goce de esas riquezas inauditas, llegan los escasos invasores al propio campo del inca, y

con una audacia sin ejemplo, en un solo arresto de la voluntad dominadora, consuman la captura de aquél y provocan así el desmoronamiento del Imperio. La llegada al real en que acampan las huestes de Atahualpa ha sido descripta por uno de los historiadores de aquella campaña en una página expresiva:

"Y eran tantas las tiendas que aparecían — dice — que cierto nos puso espanto, porque no pensábamos que indios pudiesen tener tan soberbia estancia, ni tantas tiendas, ni tan apunto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vió, que nos causó a los españoles harta confusión y temor; aunque no convenía mostrarse, ni volverse atrás, porque si alguna flaqueza en nosotros sintieran, los mismos indios que llevábamos nos mataran, y así con animoso semblante, después de haber muy bien atalayado el pueblo que he dicho, abajamos por el valle abajo y entramos en el pueblo de Cajamarca".

Si lo consintiese la brevedad que es preciso imponer a un trabajo de esta índole, aludiría ahora al descubrimiento del Río de la Plata y a la osada exploración del Amazonas, magníficas hazañas que pueden rivalizar con las más altas que hayan alcanzado hasta hoy el sufragio de la historia y la cálida consagración de la epopeya. Del primero he de decir tan sólo que no tuvo tampoco el cantor digno de su grandeza, el aeda que perpetuase en el bronce rotundo de sus versos los recuerdos de la gesta heróica. Dos documentos literarios dicen relación con aquel suceso, pero son apenas tímidos balbuceos de versificadores sin inspiración, sin estro y sin cultura. el romance elegíaco de Luis de Miranda y el poema "La Argentina", de Barco Centenera, poeta este último inhábil para la expresión de las emociones heróicas y para la pintura acabada y fiel del paisaje. Sólo acierta a describir la naturaleza cuando se estremece en el espasmo del terremoto que la convulsiona, y al mar cuando lo sacuden las némesis furiosas de la tempestad.

A esto agregad, si queréis, los "Comentarios" de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que prosiguió en el Plata sus correrías aventureras de Norte América, y el "Viaje" de Ulrich Schmidel, en que el interés del relato resulta lamentablemente amenguado por la torpeza del narrador. Interesante sería también acompañar a los exploradores del siglo XVI, cuando, internándose en el corazón del Continente tras la huella de Gaboto, llegan hasta las selvas de Las Misiones, cuya contemplación debe de haber abismado de estupor el espíritu de aquellos hombres no acostumbrados a semejantes despilfarros y prodigalidades de la naturaleza y de la tierra. En el

libro de Schmidel el cuadro de la exploración de la selva tropical, en la expedición capitaneada por Hernando de Rivera y organizada por Alvar Núñez, que se proponía descubrir el legendario e ilusorio imperio de las Amazonas, tiene un interés singular que se acrece en el "Imperio Jesuítico" de Lugones, en las páginas en que el formidable prosista argentino glosa el patético pero torpe relato del autor alemán.

"El fantástico imperio — dice Lugones — quedaba, según sus inventores, a dos meses de viaje por la selva inundada, pero ni esto arredró a los exploradores. Tribus, terrenos, arboledas, animales, régimen meteorológico de la región, todo les era desconocido... Llovía entretanto espantosamente, inundándose cada vez más la selva, y sin que por ello, una ráfaga de frescura aliviara la emoliente asfixia de aquel lúgubre sudadero. Todas las sabandijas del monte, exaltadas por la germinante humedad, se abatían sobre los expedicionarios en ferocísimos enjambres. Pero nadie intentó retroceder. Más pálidos que espectros, chapaleando pesadamente en el pantano eterno sus propias disenterias, devorados por comezones enloquecedoras, delirantes de hambre, furiosos de clausuras entre aquella fronda con su ambiente de zótano, latigueados por funestos escalofríos bajo los chaparrones, profundizando su silencio lóbrego bajo el agua implacable, ninguno, sin embargo desfalleció".

Para resumir lo que falta, diré que Orellana desciende por las rudas aguas del Amazonas y se precipita en el Océano en la más temeraria de las proezas, porque sus débiles bergantines no podrían luchar con fortuna, a no ser dirigidos por una voluntad invencible, ni con el río caudaloso poblado de islas ni con las olas del ilimitado, cuya sola contemplación bastaba a amedrentar a quien no tuviera, como el héroe de esa odisea maravillosa, el ánimo varonil y esforzado, pronto a todas las osadías.

¿Y cómo no he de decir dos palabras acerca de las expediciones motivadas por la búsqueda ansiosa del oro? No hay en el intento de evocarlas desmedro alguno para España. Es Lummis, el honesto e imparcial Lummis, el que lo dice, recogiendo algunas censuras sugeridas por el afán de la denigración, más que por el anhelo de la justicia. Según el yanqui ilustre, la fábula de "El Dorado", el relato que afirmaba la existencia de un país tan extremado en la ostentación de su riqueza que uno de sus habitantes, de seguro un cacique, solía espolvorear todo su cuerpo con oro fino, puede considerarse como uno de esos mitos benéficos y estimulantes que incitan a realizar las grandes empresas y a arrojarse a los más difíciles empeños.

"El mito de Jasón — escribe Lummis — es uno de los más hermosos de la antigüedad, y hasta es más que bello. Empezamos ahora a comprender la importante influencia que puede tener un cuento de hadas sobre conocimientos más serios. Un mito tiene siempre, en cierta parte, algún fundamento de verdad, y esa oculta verdad puede ser de un valor perdurable. Estudiar la historia sin fijar la atención en los mitos que relata, es prescindir de una preciosa luz auxiliar que puede iluminar determinados hechos. El progreso humano, en casi todas sus fases, ha sentido la influencia de este raro, pero poderoso factor. ¿Dónde imagina el lector que estaría hoy la química, si la piedra filosofal y otros mitos no hubiese inducido a los viejos alquimistas a escudriñar los misterios, donde nunca hallaron lo que buscaban, pero encontraron verdades de la mayor valía para la humanidad? La geografía, en particular, ha debido más bien a los mitos que a la invención escolástica el llegar a ser una ciencia, y el mito de oro ha sido en todo el mundo el profeta y la inspiración de los descubrimientos y el moldeador de la historia".

La persecución del mito aurífero suscitó también hazañas increíbles. La ilusión de la riqueza seduce más aún que la de la dicha o la de la gloria. Y eso explica lo mismo la tenaz y arriesgada búsqueda del país de la canela, fábula engendrada también en la viva y exaltada fantasía de aquellos paladines alucinados, que las febriles andanzas tras el hombre de oro, y que la obstinación y la ansiedad frenética con que se buscan las fascinadoras minas del Potosí, el Potosí de entrañas inagotables, que era, como lo confiesa ingenuamente Lizárraga, cronista de fines del siglo XVI, como el centro de todas las Indias, fin y paradero de todos los que a ella se dirigían.

Como veis, vivían aquellos hombres en pleno escenario de epopeya. La tensión de la voluntad, familiarizada diariamente con la aventura y con el riesgo, comunicó a sus almas un temple de acero, y los sublimó hasta el sacrificio, y en ocasiones también los rebajó hasta el crimen, obra de la exacerbación pasional creada por el medio más que malsana florescencia de la voluntad débil y claudicante. El publicista argentino doctor Terán estudia en su libro "El Nacimiento de la América Española" el fenómeno de la transformación que sufrió el europeo en el ambiente de América, bajo el doble influjo de la naturaleza viciosa y despilfarradora y del clima ardiente y enervador. Es lo que él llama la "tropicalización" del blanco. El medio físico obraba como un filtro ponzoñoso y letal. Y eso explicaría los casos de crueldad y de codicia, y aun los de franca rebelión a la autoridad de la corona, que ensombrecen la historia de la conquista y de la colonización. Llegado al nuevo Continente en plena juventud, el conquistador siente pesar sobre su espíritu la acción transformadora del medio telúrico y social. Cortés tenía 19 años cuando embarcó para América y 33 cuando realizó la conquista de Méjico; Cienza de León, el futuro cronista de la campaña del Perú, 12; Gonzalo de Sandoval, uno de los más brillantes capitanes de Cortés, 22; Andrés de Tapia, 24; Lope de Aguirre, que murió a los cincuenta años, pasó



en el Nuevo Mundo más de la mitad de su vida. Y no es sólo Terán el que anota, examina y comenta aquel fenómeno. El marqués de Lozaya dice también: "Nauralezas enérgicas, que eran rectas y nobles en sus áridas y frías llanuras, trasplantadas a un país ardiente y desconocido, perdían la serenidad y se embriagaban de sangre y oro".

Pero si la influencia de la naturaleza y del clima deformó así a algunos de aquellos espíritus heróicos, justo es agregar que no extinguió en ellos, sino que, por contrario, los exasperó hasta lo indecible, el impulso aventurero y el amor del riesgo y de la lucha. Sólo así se explica el gesto de Cortés al inutilizar sus naves para que nadie pudiese defeccionar de la hueste aprestada para la problemática y azarosa conquista del imperio azteca, y el de Pizarro, cuando trazó en las soledades de la isla del Gallo aquella línea que sólo traspondrían los de arriscada y fuerte voluntad, al tiempo que pronunciaba la frase famosa, que se parece a un reto del Cid Campeador: "Por aquí se vá a Panamá a ser pobre; por allá al Perú a ser ricos; yo voy hacia el Sur; escoja cada cual lo que le conviniere". Sólo en un ambiente propicio a todas las exageraciones de la acción y a todas las exaltaciones del ánimo, puede concebirse la hazaña de Pedro de Alvarado, que para salvar su vida en la célebre noche triste, hallándose en situación desesperada, se lanza a aquel prodigioso salto de cinco metros que se registra como una de las proezas más cumplidas de toda la historia; y el dinamismo de Alvar Núñez, que emprende y realiza la penosísima travesía a la Asunción; Alvar Núñez el infatigable, a quien Lummis considera como el primer caminante de América por sus correrías por la parte norte del Continente, entre calamidades sin cuento que no rinden ni blandean su espíritu; y aquella hazaña oscura que refiere Lope de Gomara en su "Historia General de las Indias" cuando alude a los dos soldados anónimos que osaron bajar al cráter del volcán Masaya, en Nicaragua, guindados en un cesto, y pernoctar allí "sin necesidad de lumbre ni candela", como asevera con donaire el viejo cronista, entre el rebramar temeroso del monstruo; que así es de entero y de indomable aquel linaje de hombres: limpios espejos de la raza, según el decir de Ricardo León, arquetipos de intrepidez y de perseverancia, acaso por momentos demasiado húmanos, que enfrenaron los ímpetus del mar y domeñaron con denuedo a la fortuna arisca y veleidosa!

FIN



Talleres Gráficos "EL DEMOCRATA" — Ejido 1333 — Montevideo.